



Si este libro se perdiese
como puede suceder, supli-
co á el que se le encuentre
que me lo sepa devolver,
Antonia y Villadagos,

EL MEJOR REMEDIO

CONTRA EL CÓLERA

CONTRA EL COLERA

ET ALIIS REPERTIS

2.3

~~A-500~~

EL MEJOR REMEDIO CONTRA EL CÓLERA

Y TODA CLASE DE EPIDEMIAS

POR EL LICENCIADO

DON ANTONIO F. VÍTORA Y ENSULVE

Cura propio del Sr. Santiago de la ciudad
de Huéscar y ex-Vicario Eclesiástico de la misma y su partido.



Convertimini, et agite poenitentiam ab omnibus iniquitatibus vestris: et non erit vobis in ruina iniquitas.

EZEQ., XVIII-33.

Convertíos, y haced penitencia de todas vuestras maldades: y vuestra maldad no será ruina para vosotros.

EZEQUIEL, XVIII-33.

Se publica con censura y aprobación de la Autoridad Eclesiástica.



MADRID

TIPOGRAFÍA DEL ASILO DE HUÉRFANOS

Calle de Juan Bravo, núm. 5.

1885

N^o-M 3128

A. 1328 (BRM)

EL MEJOR REMEDIO CONTRA EL CÓLERA

Y TODA CLASE DE FIEBRES

DE DON ANTONIO T. VÍTORA Y ENGUETA

Compañía de Farmacia y Químicos
Calle de San Mateo, 10, Madrid

Depósito legal: M. 1.000-1900
Cada botella contiene 100 gramos

Se vende en todas las farmacias y droguerías de España y Ultramar

MADRID

En venta en todas las farmacias y droguerías de España y Ultramar
Cada botella contiene 100 gramos

DEDICATORIA

A mis amigos de la ciudad de Huéscar.

Al dedicaros este breve opúsculo, no es mi intento daros una prueba de cariño, puesto que, habiendo estado veinte años entre vosotros, no es posible deje de amaros como vosotros sabéis os he amado: amo vuestro cielo, vuestras vegas, vuestras fuentes, vuestros rios, vuestros valles y vuestros montes... En este opúsculo os hablo el lenguaje que siempre os he hablado...

Que de él saquéis provecho espiritual, es lo que os desea este vuestro afectísimo amigo y Capellán

q. b. s. m.

*Antonio F. Vitoria
y Enulve.*

Madrid 25 de Julio de 1885.

INTRODUCCION

¡ La razón..! ¡ La revelación..! ¡ La ciencia..! ¡ La Providencia..! ¡ Muy grande insania es que el hombre, haciendo supremos esfuerzos, pretenda hallar contradicciones entre la razón y la revelación, hermanas gemelas, hijas ambas de Dios y soles esplendentes que al mísero mortal pueden conducir por caminos seguros en medio de las selvas espesas é intrincados laberintos que á su paso abren el error y las pasiones..! ¡ La ciencia..! ¡ La Providencia..! ¡ Locura incalificable, aberración monstruosa querer probar que la divina y sobrenatural revelación entorpece, ni poco ni mucho, el majestuoso curso de la ciencia, ó que ésta vive y marcha independiente y divorciada

por completo de la Providencia de Dios, siempre activa, constante y bienhechora...! Todo lo contrario enseñan los salvadores dogmas de la Religión católica que á la razón y á la ciencia ilumina con los resplandores divinos de la revelación, y que al hombre engrandece recordándole que la Providencia de Dios jamás le abandona, que es una cadena amorosa con la que á Él siempre está unido, y que de ella está á todo momento recibiendo bienes inmensos.

¡ Ah! Muchos que se tienen por *ilustrados* burlanse muy cínicamente de los católicos cuando enseñamos que las calamidades públicas, las pestes, hambres y guerras son, por lo general, amorosos avisos que nos da la Providencia para que nos apartemos de los caminos de iniquidad y nos convirtamos al Señor...

Por más que reconocemos que la impiedad es mucha, y muy grande la falta de fé, no podemos persuadirnos de que aquellas burlas, al menos cuando proceden de personas instruidas y educadas en el seno

de la Religión católica, sean así sentidas en el corazón del que las hace, sino que más bien son proferidas estas ó las otras frases, ya por ser como una moda, siempre de muy mal gusto, ya por alardear de *espiritus fuertes*, ó ya por mortificar á los católicos, y tal vez por echar á barato las cosas más respetables y santas, lo que no pocas veces deja de ser una herejia ó un sacrilegio, ó ambas cosas á la vez.

Por ejemplo: el periódico *El Globo*, número 3544, correspondiente al 11 del mes de la fecha, contando en su sección de *Dimes* y *Diretes* que un suscriptor de *La Fe* explica «que el cólera no es otra cosa que la cólera de Dios provocada por la ingratitude de los hombres,» no niega que esto sea así, y se pregunta: pero entonces, ¿por qué mueren de *la* cólera las Hermanas de la Caridad en Murcia, y las Hermanitas de los Pobres en Valencia? Porque eso supone una falta de puntería impropia de la Divinidad. Enviarnos acá una plaga por culpa de los impios y dejarnos á los impios, es

un alto designio que no se puede traducir.»

Repetimos que semejante broma es de muy mal gusto y propia de articulistas de muy poco tono, pues las cosas santas siempre deben tratarse santamente.

Por lo demás es altamente extraño que un redactor de un periódico *tan ilustrado*, como lo es *El Globo*, no pueda explicarse el porqué en las calamidades públicas sean castigados juntamente los justos y los pecadores. Si es que ignora esas tan triviales nociones de Teología, bien pudiera haberse callado, y no enseñar á sus lectores tan grandes desatinos, por lo que muy bien podemos aplicarle aquella tan conocida cuarteta:

¡ Pobre Geroncio! A mi ver
Tu locura es singular:
¿ Quién te mete á censurar
Lo que no sabes leer?

Y ciertamente que es muy singular la locura de aquellos hombres que niegan que la Providencia de Dios toma parte en

esas grandes catástrofes, en esas calamidades públicas que tanto afligen á la humanidad, lo que equivale á profesar el más grosero y repugnante ateísmo.

Por lo demás bien sabido es, hasta por los niños que asisten á las escuelas católicas, que si en las calamidades públicas mueren, no solamente impios, sino también justos, esto proviene, entre otras causas, de que no hay justo tan recto que no tenga alguna imperfección ó que no cometa algunas faltas leves, ó ya porque los justos no son heridos de primera intención, ó ya porque la justicia de Dios se aplaca con victimas inocentes como Abel y no con las abominables como el fratricida Caín.

¿Es que el articulista no quiere que las criaturas racionales levantemos al cielo nuestro corazón elevando muy férvidas plegarias para alcanzar de Dios misericordia en las tan críticas y pavorosas circunstancias por que venimos atravesando? ¿Confía más en la ciencia del hombre que en el poder de Dios?

Ciertamente que sería muy grande imprudencia, muy grande temeridad y muy insigne locura, obrar abiertamente contra las prescripciones de la ciencia médica para curarse del cólera morbo asiático, pues sería tentar á Dios confiando en que, porque sí, hiciera á nuestro favor un estupendo milagro. No, no desdeñamos los católicos las instrucciones del Dr. Koch, descubridor del vírgula colérico, para precaverse del cólera epidémico, cuya síntesis, como todos sabemos, se reduce á beber agua hervida, abstenerse de las frutas y legumbres ó comerlas cocidas, y no cometer exceso alguno, y á beber al levantarse por la mañana y á media tarde dos cucharadas de agua con dos gotas de ácido clorhídrico. Ni tampoco las del Dr. Rubini de Nápoles, que tanto partido sacó del alcanfor en el año 1854, ni las del Dr. Pasteur, ni las fórmulas del Sr. Torquemada, ni el medio profiláctico del Dr. Ferrán, el que, á no dudarlo, ha dado un paso de gigante en el tratamiento contra el tan terrible hués-

ped del Ganges...; pero al oír el tan desconsolador clamoreo médico, las tan palmarias contradicciones de las eminencias de esa Facultad, el tan tenebroso horizonte por el que nos llevan esos, no sabemos de qué, epidemiados doctores... ¿no han de desplegarse las ligeras alas de nuestra fe elevando nuestras muy sentidas súplicas hacia el trono del Omnipotente pidiéndole muy contritos y humillados, como conocedor infalible que es de las verdaderas causas de esa tan misteriosa epidemia, llámese cólera morbo asiático ó paludismo, que priva á la muerte de un auxiliar tan poderoso que en pocos días viste de luto los lugares y villas y las ciudades más populosas? ¡Pobre corazón humano si se le cerraran esos tan hermosos caminos, por los que en todo tiempo y lugar puede alcanzar lenitivo para esas sus tan hondas penas y tan crueles quebrantos! ¡La más horrible desesperación sería el mar insondable donde acabarían por completo sus más risueñas esperanzas...!

Cristianizad al pueblo con nosotros... y fijaos en la frialdad con que muchos librepensadores han mirado las angustiosas circunstancias de los pueblos invadidos de la epidemia. ¡ Ah, la verdadera fraternidad, la católica, no la poseen los francmasones que á paso de gigante huyen de los pueblos epidemiados ! Poséenla, sí, y mil y mil veces sí, esos curas párrocos y todos esos sacerdotes que, sin salir de sus feligresías, vuelan de día y noche á la cabecera de los enfermos para prestarles los auxilios de nuestra religión, que toda es amor y caridad; poséenla esas Hermanas de la Caridad, ángeles de la tierra, que suplican á sus superiores las permitan ir á los lugares epidemiados para practicar las virtudes en grado heroico y morir por el fervor de su celo como víctimas de propiciación; poséenla esos Ilmos. Sres. Obispos, atalayas de la casa de Israel, que venden hasta el coche y las preciosidades del arte que encierran sus palacios para practicar obras de misericordia; poséenla esos doctores que se

multiplican incansables por llevar á sus enfermos los consuelos de la ciencia; poseénela todas las autoridades que ponen en práctica cuantos medios les aconseja su discreto celo, su exquisita prudencia y su bien entendido patriotismo; y poseénela, en fin, todos aquellos particulares que, ya con sus actos, con sus limosnas y donativos, contribuyen, cada uno según la medida de sus fuerzas, á enjugar las abundantes lágrimas de tantos huérfanos, viudas y desvalidos como por Valencia, Murcia, Andalucía, Aragón, Castilla la Nueva y otros varios puntos va dejando la tan terrible epidemia.

La muy triste experiencia acredita que todos los medios humanos valen bien poco para detener á ese gigante epidémico, que bien pudiera venir empujado por el mismo Dios, al que indudablemente tenemos muy ofendido, siquiera sólo sea por *pensar, hablar y obrar* libremente y en abierta oposición contra su tan amoroso Código que en la conciencia de todos ha Él mismo promulgado. ¡ Oh, los antiguos paganos veían

dioses hasta en sus huertos, pero los *ilustrados* á la moderna ni aun en el cielo quieren ver al Dios uno y trino!

Pero nosotros los católicos, dando á esa espantosa plaga la importancia que se merece, y sufriendo horriblemente el corazón al ver que con pasmosa celeridad se va extendiendo por nuestro suelo, afligiendo como nunca á la nación española, unimos nuestras plegarias á las del episcopado español, nos humillamos á la presencia de Dios y reconocemos y confesamos que su infinita justicia está indignada por los muchos y muy horribles pecados de los hombres.

¡ Sí, sí, la causa de tanto mal es el pecado, que por doquiera tiene abiertos mil y mil abismos de perdición...! Y, por lo tanto, la moderna sociedad debe hacer un buen examen de conciencia, reconocer sus muchos y muy funestos extravíos, dolerse de ellos verdaderamente y hacer heroicos esfuerzos por practicar las virtudes que abiertamente se oponen á las grandes iniquida-

des que, por decirlo así, forman la fisonomía moral de esta época tan calamitosa en que vivimos.

Un ligero análisis de esos grandes vicios é iniquidades, excitando á nuestros lectores á la práctica de las virtudes que se les oponen, y un llamamiento á la penitencia, serán el principal objeto de este opusculito, que nosotros titulamos el *Mejor Remedio contra el cólera*.

Madrid 25 de Julio de 1885.

EL MEJOR REMEDIO

CONTRA EL CÓLERA

I

No es nuestro propósito hacer un estudio detenido de los muchos vicios é iniquidades que corroen á las sociedades modernas que, si se visten y engalanan de oro y púrpura, sólo es por ocultar la por extremo contagiosa epidemia moral que á paso de gigante y con fuerza verdaderamente infernal va cancerando casi todas sus entrañas ; pues, como ya dejamos indicado, solamente nos fijaremos en las iniquidades que más se destacan en ese cuadro verdaderamente infernal que por doquiera ostentan la tibieza, la indiferencia en materias religiosas, la impiedad y la falta de fe.

Pues bien: de ese examen, que ciertamente hace sufrir al corazón muy horrible

pena y á los ojos verter muy raudas lágrimas, resulta que, entre otras muchas, son seis las principales iniquidades ó grandes vicios con que la moderna sociedad ofende á Dios incesantemente, grandes iniquidades que, á manera de ensoberbecidos torrentes, quieren borrar, si fuera posible, hasta la muy grandiosa noción de Dios, que todos, con indelebles caracteres, tenemos grabada en nuestro corazón y en nuestra conciencia.

La soberbia, la desobediencia, la impureza, la blasfemia, la profanación de los días festivos y el juego... ¡Ah! Esos son como otros tantos grandes ríos, como otros tantos mares Rojos que en todas direcciones abren y ensanchan su muy negro vientre para en él sepultar á las sociedades modernas, que sin intermisión provocan las iras celestes con sus desaciertos y desvaríos..! ¡Ah! Ya nadie quiere obedecer á nadie... y la misma Ley de Dios, que no tiene la más ligera mancha, más resplandeciente que el sol, más pura que el cristalino rocío de la mañana y más suave que el

aura que besa la muy tersa superficie del más tranquilo lago, por grandes y pequeños, por sabios é ignorantes es hasta con cinismo y muy grande avilantez despreciada! ¡El hombre moderno, envuelto su entendimiento entre muy densas nieblas, entre las más espesas tinieblas del error, y esclavo su corazón de las más viles y ruines pasiones, queriendo endiosarse, ha levantado, frente á frente del mismo Dios, un trono de soberbia y á sí mismo se tributa todo el honor y toda la gloria, que por mil y mil títulos á la Divinidad se debe! ¡Y así trastornado, y tan hondamente envilecido, juguete es, más que la nave sin brújula y sin piloto en noche de aterradora tempestad, de esas tan degradantes pasiones con que la Pentápolis provocó las iras del cielo...! ¡Y en vez de entonar incesantes himnos eucarísticos al Rey de reyes y Señor de los señores por los continuos favores que sobre él derrama á manos llenas su bondad inmensa y su munificencia sin límites, tornado ha su boca en horrorosa puerta de infierno por

donde sin intermisión y á borbotones salen las más horribles y atrevidas blasfemias...! ¡Esa, esa es su ocupación más preferente y casi continua, tanto en el día de trabajo como en el festivo; y ya el día del Señor, día santo, de reposo y de caridad práctica, día es del mismo Satanás, que tiene sus ministros, sus templos y su pueblo... ¡Sí! ¡Su pueblo cuyos prohombres ya viven hastiados de sí mismos, y desalentados de puro hartos en sus orgías y bacanales, en sus saraos y festines...!

Infinita es, sí, la misericordia del Señor, cuando á un pueblo tan ingrato y desatentado, no le barre de la faz de la tierra como en los tiempos noemíticos; pues hoy, mucho más que entonces, toda carne ha corrompido sus caminos, y el corazón del hombre templo es de la más brutal y estúpida idolatría y... ¡Sí, sí, quedan aún algunos justos sobre la tierra, y sus ignotas penitencias, sus muy férvidas plegarias y sus muy tiernos suspiros mitigan de Dios la justicia y suspenden el universal castigo

que á la humanidad pondría en las puertas del juicio final! La epidemia reinante, ese despiadado contagio que diezma no pocos pueblos y ciudades de la en tiempos más felices católica España, aviso es del cielo, voz de clemencia y misericordia que de un modo extraordinario nos da el alerta para que á Dios volvamos nuestros ojos, nos apartemos de las sendas y caminos de perdición, y muy arrepentidos y contritos digamos todos con el Rey penitente: ¹ « Señor, no me reprendas en tu furor, ni me castigues en tu ira.—Apiádate de mí, Señor, porque estoy enfermo: sáname, Señor, porque mis huesos están conmovidos.—Y mi alma está perturbada en gran manera: ¿mas, tú, Señor, hasta cuando?—Vuélvete, Señor, y libra mi alma: sálvame por tu misericordia.—Porque en la muerte no hay quien se acuerde de ti: y en el infierno ¿quién te dará alabanza?—Trabajado me veo en mi gemido, lavaré cada noche mi lecho:

¹ Salmo VI.

regaré con mis lágrimas mi estrado.—A vista del furor se ha turbado mi ojo: he envejecido en medio de todos mis enemigos.—Apartaos de mí todos los que obráis iniquidad: porque ha oído el Señor la voz de mi llanto.—El Señor ha oído mi ruego, el Señor ha recibido mi oración.—A vergüéncense, y en extremo sean conturbados todos mis enemigos: conviértanse, y avergüéncense en gran manera luégo al punto.»

¡ Oh qué dicha, qué ventura
Apartarse del pecado,
Salir de tan triste estado
De aflicción y desventura!
De ese estado de amargura
Do todo es grande inquietud,
Do no puede haber salud
Para el alma y sí aflicción...
¡ Vuelve á Dios tu corazón,
Amando más la virtud!

Con muy grande alegría de nuestro corazón hemos sabido que varias familias de las parroquias de San Luis, San José, San

Sebastián y otras de esta Corte, despues de hacer en sus respectivas casas un devoto Novenario á María Santísima unas, y otras á San Roque, á San Sebastián y á San Miguel, acompañadas de sus criados y algunos vecinos, se han acercado al sacramento de la Penitencia y recibido el pan de los ángeles, considerando estos actos religiosos como el más eficaz preservativo del cólera, y como el mejor medio de aplacar la divina justicia tan ofendida por la muy creciente malicia de los hombres.

En Israel aun hay fe,
Palmas de virtudes bellas
Que se elevan cual estrellas,
Y á las que el mundo no ve:
¡Ciego está! Y este porque
Vuelve la espalda á la luz
Y cubre negro capuz
Su corazón y su alma...
¡Cristianos, victoria y palma
La obtendréis sólo en la Cruz!

II

¡La soberbia! Nuestro *yo* nos está diciendo constantemente á todos que *seremos como dioses sabiendo el bien y el mal...* ¡Sí, sí...! A todos nos sobra mucho *yo*, y no pocas veces esa tan venenosa serpiente revístese cautelosa del traje de la humildad... ¡Cuánto se alegrarán haber sido humildes los que *ayer* nos saludaban muy afectuosos y contentos, y *hoy...* ya no existen por habérselos llevado á otro mundo mejor la epidemia reinante! Es la soberbia la infernal caja de Pandora, de la que con muy furioso tropel y vertiginoso torbellino salen como ejércitos de demoníacos gigantes que á porfía se esfuerzan en perdernos y arrojar á Dios, si fuera posible, de su trono augusto! La humildad es la base de todas las virtudes; la soberbia, por el contrario, origen es de todos los pecados y causa de todas nuestras desgracias. ¡Oh! La humildad es muy refulgente escala de

Jacob, que con la mayor seguridad nos conduce á todos al cielo. La soberbia es como una noche tenebrosa iluminada solamente por el instantáneo fulgor del siniestro relámpago que nos arroja impetuosamente á los más hondos y negros abismos. ¡La humildad nos pone en posesión de los infinitos tesoros de Dios, y la soberbia arma su diestra omnipotente para derribar nuestro atrevido y satánico endiosamiento!

¡La humildad! Virtud hermosa,
Flor de celeste belleza
Que encanta por su realeza
Y enamora deleitosa.
Flor del Edén más hermosa,
Perfume de todas flores,
Flor de nítidos albores
Que al mismo Dios enamora,
Pues ella sólo atesora
De la gloria los primores

Sabemos de algunas hijas de María en esta Corte que han ofrecido á la Purísima Virgen ejercitarse en el hogar doméstico

durante la epidemia en actos de humildad que no desdicen de su estado, condición y clase, voto temporal que han principiado á practicar con la correspondiente licencia de sus directores espirituales, proponiéndose además guardar el más riguroso silencio sobre indicados actos de humildad.

De Jesús y de María

Es propia tan gran virtud,

Que al alma da la salud

Y al corazón alegría.

Practícala noche y día

Sin ninguna afectación...

Y un trono en tu corazón

Levántale presurosa,

Pues así serás dichosa,

En la celeste mansión.

III

¡La desobediencia! La obediencia más importante y trascendental es la religiosa, sigue la doméstica y después la social, la política etc., etc. Basta esa simple enun-

ciación para llenarnos de miedo, espanto y horror al contemplar los desbordamientos del corazón humano resistiéndose á practicar esa virtud tan necesaria para la paz del alma, para la tranquilidad y reposo del hogar doméstico y de los reinos. Al meditar lo que *hoy* está pasando en el mundo, que nadie quiere obedecer á nadie, y que apenas queda autoridad en la tierra que continuamente no se la esté desprestigiando con toda clase de armas, hasta con la burla, el sarcasmo y el ridículo, á cuyos tremebundos golpes caen desgajados los más robustos corpulentos cedros del Líbano, apodérase del ánimo muy horrible pena y no puede por menos de exclamar el corazón; « ¡Gran Dios! ¿Es que la criatura racional, nacida para vivir en sociedad, hace supremos esfuerzos para privarse de uno de sus mayores bienes? ¿Es que la civilización de la culta Europa va á sufrir un total eclipse para convertirse todos ó casi todos sus habitantes en cafres y hotentotes? Maldito, maldito, y mil veces mal-

dito *virus* de la desobediencia que, inoculado en la masa común del hombre por la originaria culpa, parece haber estado como adormecido muchos siglos, y que en el presente se ha desarrollado con toda su acción para hacer del mundo un manicomio inmenso...?

¡Ah! No es de extrañar que el hijo no obedezca al padre, ni el discípulo á su maestro, ni la esposa á su esposo, ni el súbdito al superior... porque ya casi todos desobedecemos á Dios, siendo lo más triste y deplorable que ya se le desobedece pública y arrogantemente, viniendo á tenerse por la misma nada, ó tal vez como un muy señalado mérito, esa desobediencia verdaderamente infernal y diabólica. ¡Ah! Si todos los bienes, si la felicidad temporal y eterna de la criatura está vinculada en la obediencia al Decálogo, necesario es que confesemos que todos los males que nos afligen y que toda la infelicidad temporal y eterna proveniente es de la desobediencia á la Ley de Dios y á su Iglesia Santa,

puesta por Él como luminosa y muy esplendente antorcha en la cumbre de la más empinada montaña para iluminar á todo hombre que viene á este mundo!

Los estrechos límites de este opúsculo obligannos á no tocar estas tan importantes materias, cada una de las cuales necesitaría un buen libro, nada más que á grandes rasgos, pero, en atención á la importancia suma de este articulito, no podemos resistir al muy poderoso impulso de nuestro corazón que llevarnos quiere por el hermoso campo escriturario para recoger en él algunas de las innumerables espigas, muy ricas en granos de oro, que por doquiera se encuentran, hablándonos de la tan importante virtud de la obediencia.

Lee, lee y medita, lector amigo, sobre estos pasajes bíblicos, y levanta al cielo tu corazón y tus ojos pidiendo á Dios misericordia para esta sociedad tan desobediente y prevaricadora ¹: «Harás todo lo que te

1 Deuter., 17-10.

dijeren los que presiden en el lugar escogido por el Señor, y lo que te enseñaren conforme á su ley, y seguirás la declaracion de ellos ¹. ¿Por ventura el Señor no estima más que los holocaustos el que se obedezca á su voz? ² La obediencia vale más que los sacrificios, y el ser dócil importa más que el ofrecer la grosura de los carneros ³. El desobedecer *al Señor* es como un pecado de magia, y como crimen de idolatria el no querer sujetársele ⁴. El justo pone todo su estudio en la obediencia ⁵. El hombre obediente *á la ley* cantará victoria sobre su calumniador ⁶. Los escribas y los fariseos están sentados en la cátedra de Moisés. Practicad pues, y haced todo lo que os dijeren, pero no arregléis vuestra conducta por la suya ⁷. El que os escucha á vos-

1 Reg., 15-22.

2 Id., id., 22.

3 Id., 23.

4 Prov., 15-28.

5 Id., 21-28.

6 Matth., 23-2 y 3.

7 Luc., 10-16.

otros, me escucha á mí, y el que os desprecia á vosotros, á mí me desprecia ¹. Toda persona está sujeta á las potestades superiores; porque no hay poder que no provenga de Dios ². Quien desobedece á las potestades, á la ordenación ó *voluntad* de Dios, desobedece; de consiguiente los que tal hacen, ellos mismos se acarrean la condenación ³. A la manera que por la desobediencia de un solo hombre fueron muchos constituidos pecadores; así también por la obediencia de uno solo serán muchos constituidos justos ⁴. Es necesario obedecer á Dios antes que á los hombres ⁵. Siervos, obedeced á vuestros señores temporales con temor y respeto, con sencillo corazón, como *al mismo Cristo* ⁶. Obedeced á vuestros prelados y estadles sumisos, ya que ellos

1 Rom., 13-1.

2 Id., 2.

3 Rom., 5-19.

4 Actos., 5-29.

5 Ephes., 6-5.

6 Hebr., 13-17.

velan, como que han de dar cuenta á Dios de vuestras almas. »

Ya ves, lector amigo, cómo Dios inculca en mil y mil lugares de sus Libros Santos la tan hermosa y necesaria virtud de la obediencia, obediencia á Él mismo, obediencia á su Iglesia, á sus Prelados, á los hijos respecto de sus padres, á los criados respecto de sus amos, y obediencia á todos respecto á los poderes constituídos en todo lo que no se opone á la Ley de Dios. Pero escucha, escucha ese espantoso ruido como de próxima tempestad... es el horrisono estridor de la desobediencia, especial distintivo del infeliz y orgulloso siglo en que vivimos; son los gritos subversivos de la razón extraviada que lucha titánicamente por romper de una vez y para siempre la sumisión fiel y respetuosa que por mil y mil títulos le es á Dios debida; son las infernales blasfemias y las más horripilantes herejías que, cual serpientes heridas de muerte revolcándose entre la tostada arena del desierto, se ensañan contra el mismo Dios

y su Iglesia santa, resistiéndose á sus preceptos y ordenaciones; son las voces estentóreas y tremebundas de las inconscientes masas pidiendo amenazadoras el cumplimiento de irrealizables promesas, armándose de casi omnipotentes cartuchos de dinamita, para manifestar con invencible lógica la extremada resistencia de sus voluntades independientes y soberanas á toda ley emanada de Dios y del hombre; son.... basta. ¡ Nunca, nunca ha sido Dios tan provocado, tan insultado y escarnecido como lo es en estos tan calamitosos tiempos en que vivimos...! ¡ Ah! La desobediencia á Dios, á su Iglesia, á toda autoridad y á todos los poderes constituidos, viene provocando ya tanto todas las iras celestes, que no es de extrañar que Dios castigue de un modo extraordinario, con inusitado rigor, esa descomunal algazara, esa infernal algarabía de muy estudiada desobediencia que la soberbia y locura del hombre moderno viene cotidianamente enseñando al pueblo, que es, ha sido y será siempre un niño en

lactancia, en sus inmundos é infamantes periódicos, en su inmoral novela y en sus mentidos y delirantes axiomas religioso-político-sociales. Callad, callad vuestras des-templadas lirás, misérrimos seres, y reflexionad bien que con vuestras deletéreas enseñanzas habéis subvertido muy hondamente los mismos fundamentos del orden social.

Y vosotros, cristianos, que aún no habéis naufragado en la fe, no olvidéis ni un momento que la obediencia para que sea del agrado de Dios, no debe ser solamente exterior, sino de interior y de corazón; pues la sola obediencia exterior, lejos de agradar, irrita más á Dios, porque ve que el corazón está muy lejos de aquel amor expresado por la obediencia á aquel que nos gobierna. Aun cuando no hubiera más que el ejemplo de Jesucristo, debería bastar á los cristianos para apreciar la obediencia como la virtud más importante, y como el camino más breve y seguro para alcanzar una recompensa eterna. Con profundo mis-

terio callan los evangelistas todos los hechos de su infancia y juventud, diciéndonos únicamente: *Erat subditus illis* (Lucæ 2.); vivía obediente á sus padres: palabras que encierran la más completa enseñanza y el más acabado panegirico.

Es de los cielos camino
A toda ley la obediencia,
De las ciencias es la ciencia
Que da al alma su destino.
Es un destello divino
Que al hombre seguro guía
Con dulce paz y alegría
Por las selvas de este suelo...
¡Es, sí, la puerta del cielo
Por do entrarás algún día!

No pocos hijos han hecho firmísimo propósito de obedecer en todo y por todo á sus padres durante toda su vida á fin de que Dios los libre del tan terrible huésped del

Ganges, propósito que sabemos cumplen casi todos con la mayor escrupulosidad.

Tranquilidad y reposo
Lleva al doméstico hogar
La obediencia singular
De la esposa hacia el esposo ;
Y el padre se cree dichoso
Cuando el hijo le obedece,
Y la madre se enternece
Si es de la hija respetada...
¡ Ah ! ¡ La familia parece
Una gloria anticipada !

IV

¡ La impureza ! ¡ Sodoma, Gomorra.....
vuestro pecado armó la diestra del Omnipotente que con misterioso y muy candente fuego os borró de la faz de la tierra ! El mar Muerto, de donde huyó todo sér viviente, es un libro siempre abierto donde con el mayor horror se leen las muy sucias y negras páginas de vuestros nefandos cri-

menes. ¡Ah! No, no es Dios como el hombre para mudarse, ni para tener como lícito y conforme con su voluntad eterna lo que ayer consideraba como ilícito y disconforme á la misma. En aquellos como en los presentes tiempos su justicia es infinita. Ahora como entonces castiga riguroso ese maldito vicio que tanto embrutece á la racional criatura, que la hace aborrecer cual un condenado las cosas santas, que la torna irascible más que serpiente herida de muerte, que marchita sus mejores años y muy prematuramente la pone en la puerta del frío sepulcro...!

¡Sociedad moderna, el siglo presente, moralmente hablando, es el siglo de la Inmaculada Concepción, dogma que condena ese tu refinado sensualismo que corroe miseramente tus entrañas...; dogma que á tu tan manchado ropaje opone las tan hermosas vestiduras de una Virgen más pura que el sol, que la luna, que las estrellas, que el cristalino rocío de la mañana y que los lirios y azucenas de Salomón; dogma que

cual estandarte divino de pureza, cual misterioso árbol de la vida en medio del Edén de delicias, ha levantado el Espíritu Santo en el mismo centro del jardín de su divina Esposa, la Iglesia Católica, á fin de que todos sus hijos, aun los de más lejanas tierras, puedan enamorarse de su celestial hermosura, de sus encantos divinales y en-diosados perfumes...!

¡Contempla, cristiano, entre éxtasis de amor y arrobamientos celestiales, ese florón de gloria que orla las purísimas sienes de la Virgen sin mancilla y... llorando muy raudamente por tu vida pasada, aborre-ciendo con toda tu alma y todo tu corazón los tan impuros devaneos de la presente, y horrorizándote del espantoso porvenir que te espera si pronto no te apartas de esos desiertos de tostada arena por donde Venus te conduce, póstrate contrito ante el altar de esa Virgen, blanca azucena de la Santísima Trinidad, bellísima rosa de la celestial amenidad, y muy pronto se apagará en tu corazón el horno de impureza cuyas llamas

han ya secado todos los veneros del amor y la virtud...! Joven incauta que te has dejado llevar de promesas seductoras y has venido á ser un palacio en ruinas; joven que, víctima voluntaria de ese tan repugnante y asqueroso vicio, quieres aparecer á los ojos del mundo cual virgen la más pura, cual paloma la más inocente; casada que en mala hora manchaste la pureza del conyugal tálamo entregándote á la tan ponzoñosa hidra del adulterio sin reparar que á tus mismos pies te abrías un inmenso abismo de perdición temporal y eterna; jóvenes que siempre andáis poniendo los más inicuos y execrables medios para apoderaros de los mejores frutos de ajeno huerto; legisladores que, persiguiendo á las vírgenes consagradas al Señor, y expulsándolas de sus santas casas legalizáis por otra parte esa tan repugnante escuela del vicio más inmundo, y concedéis carta de naturaleza en vuestros ateizados códigos á esa como institución del mismo Satanás, que en todo quiere remedar al purísimo Dios de los cris-

tianos y conseguido ha verse servido de legiones inmensas de modernas vestales cuales jamás tuvieron Roma ni Atenas en los ominosos tiempos de su mayor decadencia moral... ¡ah! ¡vosotros, sí, todos vosotros, aunque en el universo mundo no se conocieran ningunos otros vicios, sois lo bastante para, si posible fuera, turbar el reposo eterno de Dios, casi acabar con la infinitud de su bondad y paciencia y concitar contra el mundo todas las iras celestes!

¡Cristiano que esto lees, oye, oye con miedo y espanto el muy amargo y angustioso llanto de mil y mil familias que en los reinos de Valencia, Murcia, Aragón, Andalucía, Castilla la Nueva y otros muchos puntos, han perdido en pocas horas sus seres más queridos! ¿Se dará con esto por satisfecha la infinita justicia de Dios, que con tan fuertes aldabonazos llama á la puerta de nuestro corazón? ¡No olvides, no, ni un solo momento que la infinita justicia solamente se aplaca con víctimas inocentes...!

¡Siglo, siglo sensual...! Si sabes lo que es bello, sublime y deleitable, da siquiera un paso hacia el altar de la Virgen sin mancilla, rico siempre en amor y poesía, fíjate en su radiosa frente, en su mirada de inocencia, en su sonrisa de ángel, en la pura y nacarada azucena que humilde ostenta en sus virginales manos... y ya que con razón, y por muchos títulos, eres tenido como siglo el más ilustrado, deja por unos momentos de entonar himnos á la materia, hija de Dios, y entona también con entusiasmo cánticos de alabanza y de enhorabuena á la más pura, más hermosa y más bella entre todas las criaturas, á esa endiosada Virgen de la ciudad de las flores, á ese serafín encantador y más encumbrado que todos los nueve coros angélicos, á esa tan sublime criatura que por su candor y virginal pureza se apoderó de todos los tesoros infinitos de la Trinidad augusta. Principia á amar á esa Virgen de más poesía que el muy bello jardín de las Hespérides, más perfumada que la diosa Flora, más

rica que la diosa Pómona y de frente más pura, más tersa y nívea que las ninfas oceánicas. Sí, sí, da ese paso de honra y gloria y levanta un muy magnífico y suntuoso palacio, erige en él un trono de nácar, perlas y diamantes, é invitando á tan solomne acto á todas las bellas artes, azucenas de inteligencia, dando cita á todas las eminencias del saber humano, coloca en él el arrebatador símbolo de la pureza, y el mismo Dios, bendiciendo ampliamente un tan glorioso monumento, acogerá tus votos, oirá tus suspiros, atenderá tus plegarias y te dará á besar el muy hermoso y esplendente manto de su misericordia..!

La pureza, lirio hermoso,
Del mismo Dios perfumado,
Difunde aroma endiosado
En el Edén deleitoso:
Es un diamante precioso,
Es una perla divina,
Es un imán que fascina,
Una luna sin menguante..

¡ Es un sol el más brillante
Que cielo y tierra ilumina!

Algunas jóvenes pertenecientes á la Asociación Sabatina, establecida en la parroquial iglesia de San Marcos de esta Corte, han hecho voto temporal de castidad, por el tiempo que dure la epidemia, y con la venia de sus Directores espirituales, proponiéndose al propio tiempo ayunar los miércoles y los sábados y hacer veinte minutos de oración mental los jueves y los viernes. Los mismos propósitos han hecho también varios jóvenes pertenecientes á la Asociación de San Luis Gonzaga, establecida en la referida iglesia, y no pocos solterones, altos y bajos, que anticanónicamente vienen viviendo vida maridable con mujeres, al parecer legítimas, convencidos por éstas, y por muy grande temor á los terribles efectos, temporales y eternos, que sin distinción de estados, clases y edades, vienen causando los contagiosos microbios, se han

apresurado á pedir á la Vicaria despachos matrimoniales. ¡Muy bien hecho! De sabios es mudar de consejo, mejorando siempre, se entiende.

¿Qué es la mujer sin pudor,
Sin recato y sin pureza?
Una mentida belleza,
Una deshojada flor:
Es un sepulcro de horror,
Un palacio arruinado,
Un hospital infestado,
El más despreciable sér,
Es... ¡El mismo Lucifer
En mujer transfigurado!

V

¡La blasfemia! Vicio muy horrible y execrable, que por muy grande desgracia está aclimatado en España, y que indudablemente concita contra nuestro tan desgraciado pueblo toda la cólera de Dios! Pe-

cado casi general, iniquidad monstruosa, que en cierto modo justifica aquella gráfica frase de Alejandro Dumas, que tanto nos denigra: «*El Africa principia en los Pirineos.*» Y ciertamente, ese modo de hablar, impropio de pueblos cultos y civilizados, desdice mucho de la finura y elegancia, del buen tono y hasta de la más mediana educación de nuestros labriegos... Y lo peor es que se blasfema en la prensa, en la fotografía, en la litografía... blasfemias que repercuten por los montes más empinados, los más profundos valles, por todos los pueblos, villas y ciudades, los talleres del artista, las oficinas del empleado, las chozas del pastor, los palacios de los grandes, cafés, tabernas, barberías, tiendas y bazares... ¡Ah! ¡Horrible confusión, Babel tremebunda, manicomio exaltado..! ¡Si, si! Esa tan irritable é infernal algarabía, ese espectro de horror y maldición, levantando audaz y furioso hacia el cielo sus negras alas, eclipsa los muy transparentes y diáfanos rayos del sol y esfuérsase cual poderoso gigante por en-

volvémos en noche tenebrosa y eterna! Hay seres tan desgraciados y envilecidos, que, teniendo presente la casi infinita maldad de sus culpas y temiendo llegue el día terrible del castigo, afectan dudar de la existencia del infierno y aun la niegan, por la mucha cuenta que les tendria que así fuera; pues si la razón y la divina revelación no nos dieran argumentos irrefutables y pruebas inconcusas de la justicia de la eternidad de las penas del réprobo, que nos las dan, y no pocas, ¡ah! bastaría que esos infelices prestaran atento oído á ese ruido como de muchas y empujadas aguas, á ese estridor imponente como de tempestades que luchan entre sí cual desesperados gigantes, á esas mil y mil bocas blasfemas que arrojan su inmunda baba contra todo lo más santo y respetable del cielo y de la tierra... para convencerse de la existencia de ese lugar de expiación eterna, donde reina un caos de horror sempiterno. La blasfemia es hija legítima del mismo demonio; ese modo de hablar es propio y exclusivo del réprobo,

quien se hunde en un abismo de envilecimiento é ingratitud, al que jamás puede descender el bruto. ¡Cristiano, cristiano! Mudo eras y Dios te concedió el uso de la palabra para que, entusiasmado por la belleza y hermosura de sus obras, elevaras hacia las regiones de la beatitud himnos sublimes de felicitación; para que, muy agradecido por los muchos y muy ricos bienes con que tan pródigamente te regala, entonarás á tan pródigo Bienechor incesantes cánticos eucarísticos; para que al verte tan preferido entre todos los seres de la creación, llevando su imagen y semejanza, conocieras esos tus sagrados deberes y los cumplieras saltando el corazón de alegría y escribiendo en tu conciencia con indelebles caracteres de oro las más brillantes páginas de un amor puro, noble, generoso y desinteresado hacia tu Hacedor! Para todas estas cosas y para otras muchas, pero todas buenas, concedióte Dios el misterioso uso de la palabra, y, sin embargo de saber tú todo eso, no sólo no cumples con tan sagrados

deberes, sino que, por el contrario, convertido tu corazón en un volcán de odio hacia tu Bienechor, olvidando tu memoria los muchos é infinitos beneficios que te ha hecho, y alistándote en las espantosas legiones de los precitos, abres tu boca y arrojas á borbotones hacia el cielo la más inmunda baba; pisoteas con loco afán la rica alfombra de la tierra, en la que resplandece más que el sol su bondad sin límites y la inmensidad de su misericordia, que no cabe en todos los mundos; gritas, muy descompuesto por satánica rabia, y quisieras enmudecieran las tan sublimes armonías de la creación... y levantando arrogante tu espeluznada cabeza, queriendo rasgarse tus ojos y salirte de sus órbitas, forcejeando como loco gigante, quisieras revolucionar al mismo cielo, ser proclamado príncipe de las tinieblas y arrojar á Dios de su trono augusto. No puedes alcanzar esa infernal primacía y... te unes á los coros de los precitos, vomitando como ellos las más horribles blasfemias! ¡Desgraciado! Has querido pertur-

bar el divino reposo; y Dios, dando libertad á la muerte para que por todo ese pueblo blasfemante pasee en señal de trinfo su funerario pendón, ha decretado exterminarte con toda clase de plagas, si sus tan terribles amenazas no te mueven á penitencia. ¡Ay de ti, Corozain! ¡ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran obrado los prodigios que en vosotras han tenido lugar, en otro tiempo habrían hecho penitencia en cilicio y ceniza!

¡La blasfemia es el lenguaje
Del condenado furioso,
Que á Dios maldice enojoso
Con rabia horrible y coraje:
Es el mayor homenaje
Que al demonio hace el cristiano,
Es el culto soberano
Que tributa con afán
Todo el infierno á Satán
Con un furor sobrehumano!

En las ciudades más cultas de España, han convenido casi todos los grandes propietarios no admitir en sus casas criados que blasfeman; y muchos cristianos, sintiendo amargamente que tanto se provoquen las iras celestes con el tan infernal hábito de blasfemar, se han propuesto desagraviar la infinita justicia de Dios rezando el santo Trisagio por cada vez que oyeren una blasfemia, al menos mientras Dios aflija á España con esa tan terrible epidemia que muy furiosa está diezmando hasta las ciudades más populosas.

¡Cristiano que tanto ofendes
A Dios con loca blasfemia,
Te mereces la epidemia
Y algo más, como comprendes:
Si tu locura no entiendes,
Yo te digo con horror,
Con miedo, espanto y pavor:
Que un castigo sempiterno
Te mereces... un infierno,
Porque no hay otro mayor!

VI

¡La profanación de las fiestas! ¡Ciertamente que es otro de los grandes vicios que caracterizan á las sociedades modernas, que tienen clavados sus ojos en las cosas terrenas, y miran las celestiales con la mayor indiferencia!

¡Oh cristiano que esto lees! ¡Es verdad que eres un compuesto de materia y espíritu, y que, por lo tanto, tienes deberes que cumplir con tu cuerpo y con tu alma: tus miradas pues han de dirigirse al cielo y al planeta en que habitas. Goza, sí, de las delicias de la tierra, pues aunque perturbado y manchado en todo tu sér por la originaria culpa, aun eres el rey de la creación, pero no te entregues de lleno á esos goces puramente materiales y terrenos, no te dejes dominar de la avaricia, ni tampoco hagas gigantescos esfuerzos para enriquecerte de temporalidades, y vengas á ser un despreciable pigmeo para atesorar

virtudes que puedan servirte de escala de Jacob para subir á los cielos. Respeta cual se merece *el día del Señor*, dale el culto que por mil y mil títulos le es debido; tienes cerca de ti enfermos, son amigos tuyos, son... tus hermanos, visítalos en esos días y llevarás muy grande consuelo á su torturado corazón: hospitales hay, llévete allí la fraternidad para ejercitar la caridad; conoces á muchos extraviados, búscalos, y con la mayor abnegación y prudencia dales un buen consejo. ¿Eres padre de familia? Pues entonces, además de alguna de las indicadas obras, muchas y muy buenas cosas puedes hacer en el hogar doméstico en los días festivos. Da á Dios *lo que le pertenece*, también á tu familia é igualmente á tu corazón; goza, sí, cuanto puedas de las dulzuras, satisfacciones y encantos del hogar doméstico, entérate de los adelantos de tus hijos durante la semana; fijate bien, registra, escudriña todos los sitios, aun los más ocultos, de ese que para ti debe ser siempre muy apreciado y bello

jardin, y guía con calma, acierto y prudencia todas las ramas de sus arbolillos, y arranca bien de raíz todas las plantas cizañosas: si encuentras herido algún árbol, cúrale con mucho interés; si el terreno necesita labores ó riegos, dáselos sin escatimar los gastos... ¡Es siempre la tierra tan agradecida...! De ese modo has de cuidar del jardin de tu familia, siendo su providencia activa y bienhechora siempre, pero muy especialmente los dias festivos.

Y no te creas por esto que indirectamente queremos des el último adiós á tus amigos que gozan de buena salud. Distribuyendo bien el tiempo, bien podrás reunirte con ellos y pasar deliciosamente el rato en su tan grata compañía, pero apártate, huye de una vez y para siempre de esas orgías y bacanales que por muy grande desgracia son hoy el idolo de muchos corazones; y ten en cuenta que esto te lo aconsejan de consuno el buen tono, la buena educación, la elegancia, la civilización y cultura. ¡Qué cuadro tan repugnante ver á

los que se precian de cristianos y caballeros entregarse en los días festivos á esas tan repugnantes orgías en las que casi todos los concurrentes pierden el juicio y la razón! Allí es muy... indigno de ver á tanto valiente *vinizado*. ¡Qué frases tan atrevidas! ¡Qué exuberancia en el *mal* decir de lo suyo y lo ajeno! ¡Cuántos faltamientos á la honestidad! ¡Qué modo de hablar de las cosas santas...! ¡Qué...! Basta. Para la mayoría de los cristianos, y sobre todo para el sexo fuerte, *los días del Señor* son días del demonio, porque á éste le dan el culto que les pide, la apoteosis del pecado y del vicio.

Tan solamente dos cosas exige al cristiano el precepto de la santificación de las fiestas, la audición de la santa misa y la abstención de las obras serviles; pues no pocos cristianos, especialmente labradores, hacen todo lo contrario; no oyen misa en esos días ni la permiten oír á sus criados y les obligan á estar labrando, ó á dedicarse á otros trabajos tan penosos, todo el día, medio ó un cuarto, sin querer convencerse

que Dios no puede bendecir esos trabajos hechos en tales días, y que todo eso es sembrar vientos para recoger tempestades.

Pueblo, pueblo español, artistas, comerciantes, labradores, braceros... que no santificáis cual manda nuestra santa madre Iglesia los días festivos, levantad vuestros ojos al cielo; que despierte la piedad, que de la tibieza y de la indiferencia se apodere muy profundo sueño y que llegue pronto el tan venturoso día en que á Dios se le dé todo el honor que le es debido.

Sí, sí, cristiano, engalana tu cuerpo en los días festivos, viste según tu estado, condición y clase, siempre sin perjuicio de tercero, pero en esos días engalana mucho más tu alma con la práctica de las hermosas virtudes, perfúmalala con sus ricos y divinales aromas y conviértela en un altar digno de la grandeza y soberanía de Dios. ¡Oh! ¡Qué medios tan seguros y eficaces son estos para preservarse del cólera morbo infernal y tambien del asiático!

Son los días del Señor
Los domingos y las fiestas,
Y al no respetarlos, muestras
Ser muy grande pecador :
Un cristiano sin fervor,
Un cristiano muy infiel.
Un cristiano, una Babel...
;Un infeliz condenado
Que en pena de tu pecado
Siempre estarás con Luzbel!

Ha sido muy aplaudida la determinación de varias familias acomodadas de esta Corte; las que, por desagraviar al Señor de tanto pecado público como se comete con la profanación de los días festivos, han dispuesto que no trabajen sus criados ni poco ni mucho en indicados días, como también rezar en familia una parte del Santo Rosario mientras Dios aflija á España con la tan espantosa epidemia del cólera, como así mismo no comprar nunca ni un solo céntimo de hilo en las tiendas que no se cierran en tales días, determinaciones que también

han tomado muchas señoras en casi todas las capitales de provincia de España.

¡Muy bien hecho! En esos días
Que á Dios consagrar debemos,
Es muy justo que le honremos
Con cristianas alegrías:
Las oraciones más pías,
Grandes actos de piedad,
Obras mil de caridad
En esos días hagamos,
Pues así santificamos
Las fiestas con dignidad.

VII

!El juego, el juego prohibido por la ley...! ¡Qué senda, qué camino tan ancho y largo para toda clase de crímenes! ¡Qué insondable abismo donde no pocas veces en un abrir y cerrar de ojos se sumergen las mejores fortunas! ¡Qué torbellino, qué huracan, qué simoun para derribar y abra-

sar por sus cuatro lados las casas y palacios mejor sentados!

¡Ah! ¡El jugador conviértese en un monstruo el más horrible; su corazón se desnaturaliza por completo, hiélasele la fuente del amor, y, sin esfuerzo alguno, parece que da el último adiós á sus parientes y amigos, á su mujer y á sus hijos!

¡El juego, el juego! ¡Escuela del crimen, fábrica de grillos y capuchones, taller de las más grandes iniquidades, templo de Satanás y morada de los mismos demonios...!

¡Maldita, maldita pasión del juego que trastorna y desmoraliza la familia, el pueblo, la ciudad, el reino! ¡Maldita pasión, que del día hace noche, del sabio un ignorante, del rico un pobre, del caballero un ciudadano insociable, del amigo un enemigo, del pariente un desconocido, y de un buen esposo, de un buen padre de familia, un muy cruel tirano del hogar doméstico...!

Vicio cruel, degradante, infame, sangui-

nario... y manantial fecundo de toda clase de iniquidades, mar siempre tempestuoso cuyo negro vientre se traga de continuo las naves más ricas y más florecientes!

Tan arraigada está esa maldita pasión en todas las clases sociales, que ya se ha hecho un muy grande peligro para las autoridades el poner los medios para desterrarla, y más de una vez el cumplimiento de la ley les ha valido una rechifla ó les ha costado el destino. ¿Y esto es civilización y cultura, librepensadores? ¿Es esto libertad, ó libertinaje? ¡Ah! Bien meditado lo que es esta funesta pasión, podemos afirmar sin temor de equivocarnos que es la iniquidad que más provoca las iras del cielo, y que es una de las causas principales de que la justicia de Dios se muestre tan ofendida en las tan tristes y desconsoladoras circunstancias por que estamos atravesando. ¡Hay tantos pobres y tantas familias en la mayor miseria en los países epidemiados!...

¡ Maldita pasión, maldita
La de los juegos de azar,
Que no se puede saciar
Por nadie que la ejercita!
Es un mar que no limita
Con riberas conocidas...
Sus olas embravecidas
Causan grande cataclismo
Y abren un inmenso abismo
Quitando á millares vidas.

Algunos jugadores, muy pocos, se han declarado en huelga en las casas de juego por temor de que los microbios quieran visitar las poco higiénicas madrigueras de banca y ruleta, proponiéndose á la vez remitir respetables sumas á los lugares infestados para socorrer la tan espantosa miseria que hace más víctimas que la misma epidemia. ¡ Determinación es esa digna de la mayor alabanza y de ser imitada por todas las personas bien acomodadas! En cambio otros jugadores, huyendo de sus pueblos porque el cólera morbo diezma sus habitantes, hanse ido á otros lugares no epidemiados para

allí mastranquilamente seguir alimentando
esa pasión tan abominable.

Jugadores inhumanos,
Que derrochais cual dementes
Las fortunas más potentes
Que llegan á vuestras manos...
Dejad ya de ser villanos,
Sienta vuestro corazón
Alguna tierna emoción,
Algún afecto sincero...
¡Y dad el adiós postrero
Al insaciable Plutón!

VIII

Nada más que á grandes rasgos, lector benévolo, he hablado de la soberbia, desobediencia, impureza, blasfemia, profanación de los días festivos y juego de azar, de esos vicios, de esas seis grandes iniquidades que forman, digámoslo así, la horrible fisonomía de la sociedad moderna, cada una de

las que por sí sola, por razón de su mucha maldad, es lo bastante para hacer que Dios abreviara la vida del mundo abriendo los tan terribles libros del juicio final universal. ¡Sí, sí! Tan grande, tan execrable y monstruoso es cualquiera de esos vicios, que esclaviza á la mayoría de los cristianos, que muy bien merecido tienen los pueblos les avise Dios de su tan grande maldad con pestes, terremotos, langosta, hambre, guerras... Y si tanto castigo se merecen hoy los pueblos solamente por una de esas iniquidades, ¿cómo será el que se merezcan por las seis mencionadas, que forman, por decirlo así, como un infernal ramillete que el hombre moderno ofrece á Dios en las horas de sus más grandes desvaríos? ¿Cómo será el castigo que se merezcan por hacer á Dios esa guerra tan insensata con esas seis armas que, unidas forman una muy terrorífica é infernal ametralladora de inmoralidad con que la impiedad moderna quiere destruir el trono de la soberanía de Dios?

Aún teniendo en cuenta que la miseri-

cordia de Dios parece que se extiende en la ley nueva por horizontes más dilatados é inmensos que en la antigua, si no fuera porque la Purísima Virgen ruega incesantemente por nosotros, seguramente que la justicia infinita de Dios habría ya estallado como un furioso volcán para reducir á cenizas todos los rodantes orbes con todas sus criaturas. ¡Ah! Todos los estragos y horrores del diluvio universal, toda la desolación de la Pentápolis, todas las formidables plagas que sobre el Egipto cayeron empujadas por el infinito poder de Dios, serían como débiles sombras de castigo, comparado con el que de justicia se merecen los pueblos modernos por esas seis iniquidades antes mencionadas. ¡Bendita, y mil veces bendita la misericordia de Dios, que, oyendo las reiteradas súplicas de María en favor de los pecadores, conténtase con asustarnos con terremotos, epidemias, hambres y guerras... avisos extraordinarios con que nos manifiesta que aun podemos acogernos al inmenso manto de su misericordia sin

límites, toda vez que le correspondamos con amor, nos apartemos de las sendas de perdición y principiemos á practicar las virtudes que abiertamente se oponen á esas tan grandes iniquidades antes mencionadas.

No hay que desconfiar de nuestro buen Dios, lector, amigo, que su misericordia es infinita: es nuestro Padre amantísimo, su sacratísimo corazón es todo amor, y siempre está esperando llamemos á sus puertas con la dulce voz del arrepentimiento.

Dediquémonos, pues, todos con el mayor ahinco á desterrar de nosotros y de nuestras familias esas tan grandes iniquidades ya indicadas, esos tan espantosos vicios que, sin duda alguna, son la causa principal de todas las calamidades que nos afligen. Practiquemos, sí, las tan hermosas virtudes que se oponen á esos grandes vicios; y esas virtudes serán indudablemente el mejor medio para contener y mitigar el tan justo enojo de Dios, al que con esas tan espantosas iniquidades

tan ofendido tenemos. Y siquiera mientras duren tan desconsoladoras y pavorosas circunstancias, practiquemos cuotidianamente las fervorosas jaculatorias dedicadas á la Santa Cruz por San Zacarías, Obispo de Jerusalén, que van insertas al final de este opúsculo y las que con tanta devoción y con tan magníficos resultados practicaron los Padres del Santo Concilio Tridentino, á cuyos santos y piadosos varones en todo tiempo y lugar imitaron los buenos cristianos, y haciendo intención de ganar los cien dias de indulgencia que el Emmo. y Rdmó. señor Nuncio de Su Santidad en estos reinos ha concedido por cada vez que se practiquen con verdadero dolor de los pecados.

¿No tienen algunos cristianos tiempo para hacer ese tan devoto ejercicio á la Santa Cruz? ¡Ah! se tiene tiempo para mil cosas inútiles...! Pero demos por supuesto que algunos por sus especiales circunstancias, ó por sus incesantes y perentorias ocupaciones, no tienen tiempo para practicar tan breve y sencilla devoción.

Pues á éstos les decimos, que siquiera al levantarse ofrezcan á Dios todas las obras del día pidiéndole además el perdón de las culpas y proponiéndose mejorar sus costumbres. Además les recordamos que es una obra muy grata á Dios privarse de algunas recreaciones honestas, el vestir con elegancia, el frecuentar ciertos lugares y sitios públicos, abstenerse de comer manjares de nuestra especial preferencia... mientras su diestra omnipotente se deje sentir en nuestra patria con tanto peso como hoy se está sintiendo.

¿No estamos, gracias á Dios, en tiempos de verdadera fraternidad...? ¡Sí, si! Y como esa fraternidad, lazo de amor, nos exige á todos que nos alegremos con el que se alegra y que lloremos con el que llora, ¡ah! no estaria bien visto que, muriendo á centenares nuestros hermanos, víctimas de la epidemia, y vistiéndose con acelero muy triste luto innumerables familias, traspasadas del más agudo dolor, nos entregáramos nosotros entretanto á pasatiempos y diversio-

nes... por no pensar en los que se mueren ni dar lugar á nuestra alma á que se entregue á serias meditaciones. Pero... cubramos con muy denso velo cuanto en sentido contrario está pasando para que no se enciendan de rubor las mejillas...!

¡Qué caridad tan extraña y sospechosa la que ha de excitarse con el pomposo aparato de funciones teatrales, con bailes y con... esas grandes recepciones que deslumbran por su lujo oriental y avergüenzan por sus peligrosas libertades! Esa no es la caridad cristiana, ni aun siquiera llega á ser filantropía.

Con la práctica, pues, de las virtudes opuestas á los seis ya indicados vicios, una buena confesión y la recepción en gracia del pan eucarístico, jamás ha habido ni ahora habrá tampoco cristiano que se acobarde por los efectos de la tan terrible epidemia. Higiene, higiene y siempre higiene. Vengan desinfectantes, fumigaciones y todos cuantos preservativos prescribe la ciencia médica...; pero la penitencia y la

oración, á la que estamos obligados en las presentes circunstancias, son (ningún cristiano puede dudarlo) desinfectantes divinos, cuyas virtudes y eficacia ningún doctor teológico puso jamás en duda.

En las virginales manos de María brilla siempre muy esplendoroso el cetro de la Omnipotencia divina; en su corazón de madre está también el trono de la misericordia... Acudamos, pues, con toda confianza á tan tierna y bondadosa Madre, y nuestras plegarias llegarán más ligeras que el viento á su trono augusto desde donde vendrán á nosotros las bendiciones del cielo, todas las gracias que nos sean necesarias para no perder la tan rica amistad con Dios y no acobardarnos en los terribles días de prueba por que venimos atravesando. ¿Somos hombres de fe? ¿Si? Pues entonces nada puede acobardarnos, seremos unos gigantes invencibles y más allá del sepulcro estamos ya viendo las refulgentes coronas de inmortalidad que Dios tiene siempre preparadas para los que pelean legítimamente. Nuestro

buen Dios, nuestro divino Jesús, la piadosísima Virgen, San Roque, San Sebastián y San Miguel, á los que en las presentes circunstancias debemos profesar muy especial devoción, nos cubrirán á todos con su manto de misericordia.

¡ Ah! Cesen también los odios políticos, duerman muy profundo sueño esas tan exacerbadas pasiones, que hasta aquí no han sabido olvidar ni perdonar agravios... y Dios premiará superabundantemente esos tan hermosos y nobles actos de verdadera y santa fraternidad.

IX

Para aplacar la justicia
De Dios, el medio mejor
Es sin duda un gran dolor
Del pecado y la malicia :
Ese dolor que se inicia
Apartándonos del vicio
Y á Dios nos hace propicio
Y su gracia nos alcanza,

Que con la fe y esperanza
Es el mayor beneficio.

—
¿Beneficio? ¿Quién lo ignora?
Cuando á Dios nos convertimos
De corazón, recibimos
Una gracia salvadora.
Una gracia que atesora
Inestimables riquezas,
Sin cuento tiernas finezas,
Beneficios á millares
Más inmensos que los mares,
Casi infinitas grandezas.

—
¡Ah! Las aguas que enturbiadas
Corrían con loco afán
Empujadas por Satán,
De su veneno infestadas...
De repente son sanadas
Tornándose cristalinas,
Aguas puras y divinas
Que matan la sed del alma
Y le devuelven la palma
Que perdiera en sus ruinas.

—
Aquella flor deshojada,
Sin aroma ni hermosura,
Que perdió su galanura
Y su belleza endiosada...

¡Ah! Se ve resucitada
Por el rocío divino
Y recobra su destino
En tan suspirado duelo,
Y... se torna flor del cielo
Que agrada á Dios uno y trino.

¡Ah! La estrella que eclipsada
Se perdió en la inmensidad
Porque negra tempestad
Se extendió desapiadada...
De viva luz exornada
Aparece de repente,
Y brillando en el Oriente
Con luz radiante y muy pura
Doquiera rayos fulgura
Hasta llegar á Occidente.

Y la luna que vestía
Luto en noche tenebrosa,
Y caminaba llorosa
Por los cielos sin su guía...
Ve venir un nuevo día,
Aplacada la tormenta,
Y en su carroza se sienta
Exornada con sus galas...
Y extiende sus blancas alas
Caminando muy contenta!

X

¡Qué triste es la creación
Para el alma pecadora!
No la ve deslumbradora,
Ni puede sufrir su acción,
Ni oír su tierna canción,
Ni admirar su galanura,
Ni contemplar su ternura,
Ni gozar tanta belleza,
Ni cantar tanta grandeza
Ni su endiosada hermosura!

—
En ese estado humillada
Y sin fuerzas divinales,
No puede evitar los males
Que la tienen agobiada...
Y se ve tan angustiada
Ella en todos los momentos
Que es juguete de los vientos,
De la mar y de la tierra...
¡Todo sér le hace la guerra
Sin escuchar sus lamentos!

—
Todo es inmenso dolor,
Todo grande desventura,
Todo aflicción y tristura,
Todo muy grande terror :

Todo desdicha y pavor,
Todo sobresalto eterno,
Todo miedo sempiterno,
Todo lágrimas y llanto,
Todo tubación y espanto,
Todo... ¡ Merece un infierno!

—
¿Un infierno? ¡ Bien lo sabe
La conciencia pecadora!
A questo nadie lo ignora...
¡ Tal ignorancia no cabe!
Es del infierno la llave
Siempre el pecado mortal,
Y origen de todo mal
En esta y en la otra vida...
¡ Es un hijo parricida
Que sólo supo hacer mal!

—
Y Dios á esta alma la llama
En tan grande desventura,
Con tanto amor y ternura,
Que el pecho de amor se inflama:
Como Padre mucho la ama
Y no la pierde de vista
Por más que ella se resista
A dar algún paso hacia Él...
Y si permanece infiel
A convertirse la insta.

De mil modos y maneras
Dios la llama desde el cielo,
Y la ofrece su consuelo
Días y noches enteras:
Voces le da lisonjeras,
Gritos los más cariñosos,
Silbos tiernos, deleitosos...
¡ Hace un esfuerzo su amor,
Pues le causa gran dolor
Darle castigos penosos!

Y sólo cuando ha apurado
Todos los medios bondosos,
Viendo son infructuosos
Los auxilios que le ha dado...
Entonces Dios irritado
Por una tan gran malicia,
Usa de grande justicia
Contra el pobre pecador
Y le trata con rigor,
Cual merece su injusticia.

Y un diluvio tremebundo
Promueve el poder divino
Y recorre ancho camino
Vengativo y furibundo:
Quiere acabar con el mundo,
Vuelca los mares furioso,
Montes aplana brioso,

Hunde villas y ciudades...
Y castiga las maldades
Omnipotente, ostentoso.

XI

De los cielos descende vengativa
La justicia de Dios Omnipotente,
Y los montes conmueve y los derriba
Y levanta los valles fuertemente:
Del orbe las columnas en que estriba
Retiemblan con pavor... y se resiente
La máquina del mundo noche y día
Pareciendo ya verse en la agonía!

Los vientos obedecen la justicia
Del cielo que á los hombres mira airado,
Y en sus alas trasportan la malicia
En un solo momento á todo lado...
Y vienen y se van con grande eucia
El ambiente tornando tan viciado,
Que gérmenes de muerte sólo lleva
Privando de la vida á quien los prueba!

Y las aguas del río y de las fuentes
Son también instrumentos de venganza
En su seno ocultando mil vivientes

Que el hombre á comprender aún no alcanza:
¡ Ah ! Seres invisibles, inclementes,
Que acometen al hombre con pujanza...
¡ Y á muerte le sentencian prematura
Abriendo sin piedad su sepultura !

—
¡ Ah ! De Dios la justicia es infinita
Y nunca al hombre hiere con encono...
Al hombre que cual rey el mundo habita
Elevándole Dios hasta su trono !
Y dándole la ley en su alma escrita
Que siempre le sería real abono...
¡ Ah ! El hombre tan querido y castigado...
¡ Sin duda cometió grande pecado !

XII

¡ Oh Señor, ten compasión,
Míranos con indulgencia,
Y con paternal clemencia
Consuela nuestra aflicción !
¡ Mira á España ! ¡ Esta nación
Sufre muy duro quebranto... !
Muy general es su llanto,
Inmensa su desventura,
Todo es dolor y tristura,
Congoja, miedo y espanto !

Quedan los pueblos desiertos,
Familias mil sin hogar,
Y no se pueden contar
En las ciudades los muertos:
Sepuleros muchos abiertos
La muerte tiene doquiera...
Y cruel, insana y fiera
De prisa los va llenando,
Muchos huérfanos dejando
Sin alimento siquiera!

—
Mil esposas que ayer eran
Felices con sus maridos
Que en todo estaban unidos,
Cual si los dos uno fueran...
;Hoy son viudas! Ya no esperan
En este mundo consuelo;
Miran sus ojos al cielo
Buscando un mundo mejor,
Y piden mucho al Señor
Las fortifique en su duelo.

—
Muere el sabio, el ignorante,
El sacerdote, el doctor,
El pobre, el rico... ;Qué horror!
;¡ Todo aqu esto en un instante!!
La muerte doquier triunfante
Maneja con grande saña
Su despiadada guadaña...

¡Y en su afán enloquecida,
Más que Caín fraticida
Quiere acabar con España!

Ayes, suspiros y llantos,
Penas, dolor, aflicción...
¡Se desgarrá el corazón
Con tan terribles quebrantos!
¡Ah! Parece que los santos
Nuestras plegarias no atienden.
Que los ruegos les ofenden
Y nuestros votos desprecian...
¡Sí! Que los males arrecian,
Y los hombres... ¡¡NO LO ENTIENDEN!!

¡Los hombres!... ¡Qué desventura
Tan grande, horrible y penosa
Ver que la *ciencia* afanosa
Se mueve poco segura...!
Ver que inmensa sepultura
De cadáveres se llena...
¡Esto causa horrible pena
Y al más valiente acobarda,
Y el triste momento aguarda
De sufrir igual condena!

¡La muerte! Pesada losa
Os cubre, seres queridos!
¡A vosotros pronto unidos

Estaremos en la fosa!
La muerte, toda enojosa,
Con torva faz y con ceño
Furibundo es hoy el dueño
De casi la hispana tierra
Y nos hace cruda guerra
En la vigilia y el sueño!

XIII

Consuélate, alma cristiana,
Mira, mira al gran Noé,
Que se salva por la fe
Y caridad sobrehumana.
Boga el Arca muy ufana,
Cesa el diluvio espantoso,
Brilla el arco muy radioso
Y el mundo empieza á vivir...
¡Pronto tú has de recibir
Un beneficio grandioso!

Es verdad que las ciudades
Nefandas son abrasadas,
Y con rigor castigadas
Sus vergonzosas maldades:
Estas son tristes verdades,
Pero es muy grande consuelo

Ver que Lot en aquel suelo
No encuentra su sepultura,
Pues Dios mismo le procura
La salvación con anhelo.

—
Una epidemia asolante
Diezma al pueblo de Israel,
Porque á Dios no ha sido fiel
Ni agradecido bastante;
Mas Moisés suplicante
Sus brazos levanta al cielo
Y alcanza de Dios consuelo,
Una eficaz medicina,
Por sus efectos divina,
Pues pone fin al gran duelo.

—
Pecó David, es verdad,
Y Dios, que mucho lo siente,
Le castiga duramente
Su tan grande iniquidad;
El hijo de la maldad
En el adulterio habido
Le lloró pronto... y transido
De dolor el más profundo,
Hizo oír por todo el mundo
Su amargo llanto y gemido.

—
La penitencia, cristiano,
De tus culpas el dolor

Es el remedio mejor,
Es el remedio más sano...
Dios te alargará la mano,
Te iluminará la mente
Y dará auxilio potente
A tu voluntad, y luégo
Te abracará con el fuego
De su caridad ardiente.

Ama mucho la virtud
De la humildad muy constante,
Esa virtud que es bastante
Para gozar de salud...
Para bogar con quietud
En la nave salvadora
De la gracia, que atesora
Riquezas mil divinales
Y se lleva á los mortales
Adonde Dios mismo mora.

Respetá á la Iglesia santa
De Dios, y sele obediente,
Y vivirás santamente,
Que es lo que á Dios más encanta:
Sea tu obediencia tanta
Que á su ley faltes jamás...
Y saber no quieras más
Que la Iglesia que te enseña;

Mira que eso es mala seña,
Tentación de Satanás.

Ama mucho la pureza,
Y sea tu corazón
De ella siempre habitación,
Invencible fortaleza.
Un palacio de realeza
De los cielos descendida,
Del mismo Dios defendida
Y por ti mucho apreciada...
¡Que tan sólo una mirada
Bastó para ser perdida!

A Dios no ofendas jamás
Con la lengua, ni á sus santos,
Que esto ocasiona quebrantos,
Penas, duelos y... algo más.
No te mueva Satanás
A blasfemias proferir,
Mira que te has de morir...
Y podría suceder
Que por siempre á padecer
Al infierno hayas de ir.

Tributa á Dios el debido
Culto, pues es un Señor
Al que debemos honor
Y respeto distinguido.

Pero el culto dirigido
Por la su Iglesia *docente*...
No como diga tu mente,
Que ésta se engaña en sus juicios,
Y á tus pies mil precipicios
Abrirá constantemente.

—
No disipes las riquezas
Que Dios te ha dado bondoso,
Ni por eso estés ocioso
Llenándote de malezas.
Desea tú otras grandezas
Que jamás han de acabar,
Las virtudes, que salvar
Tu alma pueden ciertamente,
Y podrás eternamente
De la gloria tú gozar.

—
Seguro si quieres verte
De la epidemia moral,
Que se ha hecho general
Y á muchos causa la muerte...
No permanezcas inerte
En el servicio divino...
Y anda siempre ese camino
Recto, sin nunca caer,
Y así podrás poseer
Tu tan glorioso destino.

De Dios la recta justicia
Visita al pueblo español
Y le ha puesto en un crisol
En que expíe su malicia.
No te pares, date cuicia
En excitarte á dolor,
Miserable pecador,
Y abraza la penitencia,
Pues de *la actual dolencia*
Es el remedio mejor.

XIV

Habiendo leído la muy interesante circular que el Emmo. y Rdmó. Sr. Cardenal González, Arzobispo de Toledo, dirige con fecha 9 de Julio al celoso clero de su archidiócesis encargándole exhorte eficazmente á los fieles á implorar la misericordia divina para sí y para los pueblos afligidos por la temerosa plaga del cólera, la ponemos á continuación para que los lectores de nuestro opúsculo puedan también leerla y saborear con fruto las tan sentidas

frases de un tan esclarecido Príncipe de la Iglesia. Léase detenidamente y sigan todos los consejos que da el tan eminente purpurado.

ARZOBISPADO DE TOLEDO

CIRCULAR

« Cuando la justicia de Dios visita los pueblos y les hace sentir el peso de su indignación, es un deber, al par que una necesidad, levantar al cielo los ojos y procurar desarmar con oraciones y súplicas la mano paternal que, como no hiere sino para sanar, ni affige temporalmente sino para salvar eternamente, está siempre pronta á trocar sus castigos en favores y bendiciones. El cólera morbo, esa terrible enfermedad que, por lo ejecutiva y misteriosa, muestra bien ser instrumento de Dios, ha invadido gran parte de España y lleva por doquier el horror y la muerte. Cierto que apenas ha puesto en nuestra amada archi-

diócesis su sangrienta planta, y que, mientras en poblaciones muy cercanas causa pavorosos estragos, no ha hecho entre nosotros más que iniciar su acción desoladora, como si el Señor, por pura misericordia, se propusiera perdonar á esta porción de su grey, y recurrir, respecto de ella, á la amenaza y al aviso, antes de descargar el golpe. Pero sería cruel y criminal hacerse insensibles á la tribulación de nuestros hermanos, y en sumo grado insensato y peligroso despreciar el aviso del Señor y hacerse sordos á la voz de su misericordia. Por tanto, Nós, que hemos sido constituídos atalayas de la casa de Israel, nos creemos en el deber de llamar la atención de nuestro celoso clero sobre ideas tan importantes en estos momentos, y encargarles, como lo hacemos, que, fundándose en ellas, exhorten eficazmente á los fieles á implorar con fe viva y con piedad sincera la divina misericordia para sí y para los pueblos afligidos por la temerosa plaga, y á aplacar la justa ira de Dios con fervientes oraciones apoyadas en

buenas obras. A este mismo fin mandamos que todos los sacerdotes añadan en la santa Misa, siempre que las rúbricas lo permitan, y en tanto que otra cosa no dispongamos, la oración *pro vitanda mortalitate*.

† EL CARDENAL ARZOBISPO.

Toledo 9 de Julio de 1885.»

XV

Todos los señores Arzobispos y Obispos de España han dirigido circulares ó pastorales á sus respectivos diocesanos por la misma causa y con los mismos fines que la que dejamos trascrita, y seguramente que no habrá iglesia alguna en la que, ya dedicando triduos ó novenarios á María Santísima, á San Roque, San Sebastián y San Miguel, ó á este ó al otro santo, ó ya por medio de cualquiera otro acto piadoso, no se haya implorado la divina clemencia para que cese la tan ejecutiva y misteriosa plaga

del cólera morbo asiático, y, sin embargo, tan terrible enemigo sigue descargando sus tremebundos golpes con inusitado furor en casi toda España.

Y si bien es verdad que no podemos afirmar en absoluto que hasta ahora no hayan sido oídas nuestras fervientes plegarias y despachadas tan favorablemente como era de desear, pues tal vez sin ellas se hubieran aumentado espantosamente las víctimas, es lo cierto que la tan terrible plaga sigue furiosa llevándose diariamente al sepulcro un número muy considerable de nuestros hermanos.

¿Y seguirá la tan asolante epidemia entolando todavía nuestras villas y ciudades porque nuestras penitencias y oraciones no han sido lo bastante para dar á Dios la satisfacción debida á nuestras muchas y grandes culpas? Podría ser. Sigamos, por lo tanto, siendo constantes en la oración y penitencia, no olvidando ni un solo instante que la frecuencia de los Santos Sacramentos es siempre el mejor medio y el con-

ducto más seguro para alcanzar gracias del cielo.

¿Pero... serán la impiedad é impenitencia las que, continuando con las espaldas vueltas al Señor, sean la causa principal de que la justicia de Dios siga todavía visitando á los pueblos haciéndoles sentir el peso de su indignación con esa tan ejecutiva y misteriosa epidemia?

¡ Ah, impíos modernos ! Vosotros, vosotros que en tan críticas circunstancias cometéis la incalificable insania de blasfemar en público... Vosotros, no lo dudéis, no solamente os hacéis voluntariamente sordos rematados á esos tan tremendos avisos del cielo, sino lo que es aun mil y mil veces peor, con esas vuestras tan horribles blasfemias, inspiradas seguramente del mismo Satanás, cuyos celosos ministros sois, provocáis todas las iras celestes y levantáis la diestra del Omnipotente para que sobre nuestra patria, cuya mayor infelicidad y desventura es tener unos hijos tan descreídos, tan insolentes y renegados,

siga descargando esos tan tremendos golpes. ¡ Dad treguas á la impiedad, siquiera por las víctimas inocentes con las que sólo se aplaca la divina justicia ! ¡ Cuántos hijos se encontrarán hoy huérfanos por vuestras impiedades y nefandos crímenes ! ¡ Cuántos padres sin sus queridos hijos ! ¡ Cuántas esposas sin sus maridos, y viceversa ! ¡ Cuántas comunidades sin sus más virtuosos, más queridos y respetables individuos ! ¡ Cuántos pueblos sin sus más celosas autoridades ! ¡ Cuántas iglesias sin sus Párrocos ... ! ¡ Y no es que vuestras filas no sufran también un muy considerable número de bajas: las sufren, sí, pero esas son víctimas abominables, no pueden serlo de propiciación á los ojos del Señor, que solamente acepta los inocentes Abeles, las penitentes Magdalenas y los conversos Agustinos, que, dejando de oír vuestras horripilantes blasfemias, vuelan al cielo á escuchar los himnos y cánticos con que los coros angélicos y las innumerables turbas de bienaventurados celebran incesantemen-

te los triunfos del Cordero Inmaculado !

También para vosotros pedimos clemencia, librepensadores, que, reunidos en diabólico festín, y haciendo sufrir no poco á varias señoras, que en muy mala hora fueron á escuchar vuestros diabólicos discursos, tuvisteis bastante valor satánico para aplaudir estrepitosamente á aquel orador que como un poseso gritaba ¹: « ¡ Guerra al Dios de los católicos ! ¡ No debemos tener ninguna religión positiva ! ¡ Correspondamos á esas excomuniones que nos imponen en nombre de un Dios imaginario con otras excomuniones en nombre de la conciencia universal y de la verdad cristiana ! etc., etc.

¿ Qué se diría de aquellos que, estando la madre patria en empeñada lucha con nación extraña, se levantarán en armas contra sus más altas instituciones ?

Diríase, por lo menos, que eran unos

¹ Fiesta anticatólica en el teatro de la Alhambra de esta Corte, el 19 de Julio.

imprudentes, pérfidos españoles, hijos ingratos y sin entrañas, locos rematados y muy grandes insensatos. Pues eso es lo menos que también podemos decir de vosotros los buenos creyentes, y esto sólo en el terreno de las conveniencias sociales, pues en el teológico bien poco es calificaros de herejes, blasfemos é impíos.

¡ Locos, locos estáis cuando declaráis á Dios guerra sin cuartel en los momentos más solemnes y críticos en que todos debemos vestir saco y cilicio para aplacar la divina justicia, que nos hiere en el cuerpo para sanar nuestra alma, y que nos aflige temporalmente para salvarnos en la eternidad ! Locos rematados cuando faltando con tamaño descaro al art. 11 de la Constitución del Estado, lo cual envuelve indudablemente una flagrante infracción del Código fundamental existente, y aun de disposiciones del Código penal, proferís tan rudos ataques á la Religión del Estado y contra Dios Uno y Trino blasfeman vuestros labios á borbotones ...!

¡ Ah ! Los infernales ecos de esas tan abominables blasfemias han herido muy hondamente las más delicadas fibras de nuestro corazón, y contra ellas, en nombre de la mayoría de los españoles, protestamos con todas nuestras fuerzas, y queremos y deseamos que todos nuestros actos religiosos públicos y privados, además de su fin principal, cual es implorar la divina clemencia por la pronta cesación de la tan asolante epidemia, tengan también el carácter de funciones religiosas de desagravios por ese aluvi6n de blasfemias que aun siguen profiriéndose en esos clubs de impíos filosofastros, antesalas del mismo infierno !

Al terminar este opúsculo han llegado á nuestras manos esos nausebundos discursos pronunciados por el Sr. Chies, Director de *Las Dominicales del libre pensamiento*, y el Sr. Morayta, el tan famoso profesor de la Universidad Central, amotinaestudiantes y demás pensadores *ejusdem furfuris*, y ciertamente hemos sentido no haber antes te-

nido noticia de esos grandes modelos de literatura infernal, no para haberlos refutado en serio, pues esto no es de la índole de nuestro escrito, sino para habernos ocupado de ellos en el lugar correspondiente, esto es, en el artículo en que hemos hablado de la blasfemia, una de las más grandes iniquidades de la tan descristianizada época en que vivimos. Pero allí ya indicábamos que se blasfemaba mucho en la prensa periódica... y ciertamente nunca podíamos imaginarnos que en aquella misma hora se estuvieran profiriendo en la capital de la Monarquía tal vez las más grandes blasfemias que en todo lo que va de siglo se hayan podido pronunciar en España. ¡Se progresa tanto...!

¡Quejaos luégo de la falta de cultura en el pueblo, librepensadores! ¡Ah! Nunca la lógica fué patriotismo de los anticatólicos! Sois muy grandes maestros de irreligión é impiedad, os burláis y escarnecéis cuanto podéis al Dios de los católicos, que es el Dios verdadero, uno y trino, lanzáis contra

Él á los cuatro vientos, rebosando vuestros labios toda la inmunda baba que sube de vuestro negro corazón, las más soeces é insensatas blasfemias... y después tenéis el cinismo de calificar al pueblo de poco culto, porque, delante de alguna de *vuestras amigas*, se permite algún ciudadano una expresión ó una frase poco cortés. No, no sois vosotros los llamados á enseñar cultura al pueblo, no tenéis autoridad de maestros, sois ya muy conocidos, y, por lo ménos, estáis tan desacreditados como el mismo Satanás. Haced ya callar esas vuestras tan destempladas liras, cuyos horripilantes ecos solamente pueden escuchar los precitos, si es que con esos infernales himnos no añadís penas á sus penas, y muy grandes infortunios á sus infortunios máximos. Relegad al olvido esa tan gastada literatura, propia ya solamente de bodegones y tabernas... ¿No os llama la atención que los talentos más privilegiados, más tarde ó más temprano, y salvo muy raras excepciones, vuelven cual hijos pródigos al seno amoro-

so de su Madre la Iglesia católica? Pues eso es lo que deseamos á vosotros, penséis como queráis en todas las cosas que Dios ha dejado á la libre discusión de los hombres.

No os conocemos personalmente, pero amamos vuestras personas, y os ofrecemos todas nuestras consideraciones y respetos, pues así nos lo manda nuestra sacrosanta Religión, única positiva verdadera en el mundo, cuya veracidad está comprobada por mil y mil portentos y por el cumplimiento de innumerables profecías que solamente á su favor han tenido lugar, y no en favor de ninguna otra de las religiones hasta hoy conocidas. Pero no nos molesteis, que todo esto vosotros lo sabéis como nosotros, y nos llegamos á creer que no sois en vuestro entendimiento ni en vuestro corazón tan incrédulos y perversos como aparecéis en vuestros escritos y en vuestros discursos. Tal vez no nos engañemos, pues hoy son muchos los que, por causas de todos conocidas, se encuentran en ese caso. ¡Dios conceda á todos éstos una muy espe-

cial gracia para llenar con pocas riquezas el vacío inmenso que en su corazón existe!

Nosotros los católicos distinguimos entre las personas y los errores que sustentan; amamos las primeras y detestamos los últimos, partos monstruosos de entendimientos febriles, á los que, no obstante, profesan sus padres muy especial cariño. No extrañaríamos por lo tanto, que nos sacudierais con la fusta de vuestros muy intencionados sueltos, pero esto lo sentiríamos muy poco por considerarlo casi como un natural desahogo de la abundancia de bilis que con tales motivos segrega el hígado...

En nombre, pues, de la mayoría de los españoles, de su religión inmaculada, de la cultura y civilización moderna, os rogamos muy encarecidamente, que en lo sucesivo no tengáis festines literarios de tan mal gusto, pues ese es ya un género muy averiado y todo en oposición con los adelantos de la ciencia, la que cuanto más progresa, más culto rinde á la primera causa, á aquel que es *scientiarum Domi-*

nus, Dios de los católicos, real y verdadero, que irritado por tanta blasfemia como contra Él se profiere en nuestra patria, y en vista de que el pecador no se convierte, sigue afligiendo al pueblo español con la tan asolante plaga del cólera morbo asiático. Oíd, oíd todos las tan consoladoras palabras que nos dirige por un Profeta: «Convertios á mí, y yo me convertiré á vosotros.»

XVI

No, lector amigo, esas seis grandes iniquidades, esas monstruosas é irritadas fieras de inmoralidad, no abaten su orgullosa frente, no regularizan sus siniestras miradas, no cierran sus blasfemantes bocas, corren en alas de su furor empujadas por muy vertiginosas fuerzas y... parece pretenden con todas sus insanias de soberbia, desobediencia, impureza, blasfemia, profanación de los días festivos y juego conmo-

ver los mismos cielos y derribar á Dios de su trono augusto. ¡Ah! Parece que hacia el cielo suben muy negras y encontradas columnas de vapores que de su pecho exhalan los tan atrevidos y procaces, soberbios y desobedientes á la ley de Dios y á su Iglesia Santa, á la que, clavada en la cruz de madera, que solamente la han dejado, quieren llevar al sepulcro para cubrirla con la pesada losa del desprecio y del sarcasmo... ¡Ya templan sus liras, ya sueñan espeluznantes sus himnos hinchados de soberbia y óyense á lo lejos sus melancólicas y fúnebres armonías! La impureza, diosa muy amada de su corazón, paséase con mucho orgullo en carroza de oro arrojando á diestro y siniestro las envenenadas sagitas de su ígnea aljaba, y mil y mil jóvenes van en pos de ella cantándole muy entusiasmadas himnos inenarrables, que son la más temprana muerte del pudor y la pureza. ¡Ah! Parece esto un sueño de horror, una infernal pesadilla... ¡pero es muy triste y muy espantosa realidad! Esa

diosa, cuyo infame nombre es Venus, recorre en son de triunfo las principales calles de la capital de España, llevando en pos de sí muy numeroso séquito; y muy orgullosa por su tan grande é importante triunfo, agita su cabeza, sobre la que brillan muy ricas y abundantes perlas y topacios, lanza hacia todos lados sonrientes pero muy lascivas miradas, brotan de sus labios frases las más tiernas y amorosas... y á su voz de imperio, todo sér dobla ante ella la rodilla, hombres y mujeres de todas clases, edades y condiciones... ¡Gran Dios! ¡Ni los ojos quieren ver ni los oídos oír lo que hacen y dicen esas descristianizadas turbas que, entregadas en cuerpo y alma á los excesos del más brutal y abyecto sensualismo, parece que gozan del bien sumo... y tiénense como divinidades en la infinita plenitud de sus goces eternos! Pero la diosa Venus no está aún satisfecha. Da orden de que su brillante carroza sea tirada por las doce más hermosas jóvenes de entre todas las que forman su más lucido séquito, y es obedecida

en el mismo instante: doce jóvenes vestidas á lo ninfas oceánicas, pero no de argentadas espumas, sino de tules rosáceos que con toda libertad flotan á los cuatro vientos, tiran de la deslumbrante carroza como briosos corceles, van y vienen de un lado para otro como llevadas de un poder misterioso; nutridos vivas y aplausos los más entusiastas conmueven los espacios; coronas de mirtos y laureles crúzanse por doquier... ¡Sodoma! ¡Gomorra! ¡Babilonia! ¡París!

Hay unos momentos de confusión espantosa.

La ígnea carroza ha estado á punto de caer...

Tal fué el embriagador entusiasmo de la muchedumbre que, jóvenes y ancianos, nobles y plebeyos, súbditos y reyes... atraídos hacia la carroza por el imán irresistible de la diosa Venus, le entonaron himnos los más vergonzosos y provocativos, que ella aplaudía con entusiasmo, repartiendo entre todos á manos llenas muy vistosos ramilletes de flores encantadoras... perfumadas

con esencias amorosas extraídas de su volcánico corazón.

Detúvose la endiosada carroza junto á un convento de religiosas, que en el coro estaban entregadas á la oración mental, pidiendo muy de veras al verdadero Dios, que es el de los católicos, misericordia y clemencia para los pueblos epidemiados, y aquella desbordada muchedumbre que acompañaba á la diosa Venus, al oír los ecos de la campana que anunciaba á la Comunidad aproximarse la hora de Maitines, prorrumpió en mil y mil expresiones y frases contra la santa y hermosa virtud de la virginidad, negó existiera en el mundo esa tan esclarecida virtud, trató de echar abajo las puertas de la casa de Dios, blasfemó contra todo lo más santo del cielo y de la tierra y... con desaforados gritos y ademanes inhonestos fué allí mismo proclamado el amor libre por unanimidad de votos.

Terminado tan diabólico drama, el bello sexo se retiró á sus madrigueras... y muchos de los varones fuéronse á las casas de

juego para pasar entretenidos el resto de la noche.

¡ERA UN DÍA DE FIESTA!

Las seis grandes iniquidades, esas fieras, esas horribles bestias de inmoralidad no abaten su orgullosa frente, no regularizan sus siniestras miradas, no cierran sus blasfemantes bocas y corren llevadas de un furor satánico y empujadas por ignotos gigantes que, en su incurable demencia, pretenden escalar el cielo y echar á Dios de su trono con la mayor ignominia!

XVII

No, lector benévolo, no se da la impiedad por vencida. En la epidemia reinante no quiere ver el dedo de Dios. No tiene fe. En nombre de la ciencia condena á la misma ciencia. Encuentra la ciencia en la superficie,

y en las mismas entrañas de la tierra, mil y mil apóstoles que concordes hablan de un cataclismo universal y misterioso operado por inmensidades de aguas... y la ciencia de los impíos, desoyendo la voz infalible de su diosa, la razón, tienen al diluvio por un *myto*, y del mismo modo califican todos aquellos grandes acontecimientos de la ley antigua y de la nueva, en los que la Providencia extraordinaria de Dios ha intervenido de un modo ostentoso y como principal agente. *¡Vae illis!* Ya han pronunciado su último verbo: «*¡El Dios de los católicos es un Dios imaginario, hagámosle la más cruda guerra!*»

El árbol cae casi siempre del lado que se inclina.

La conversión de esos tan obstinados pecadores no puede tener lugar sin que sobre ellos descendan muy eficaces gracias del cielo, que ellos no piden, pero sí las rechazan. Inclinaos están hacia los abismos infernales. ¡Ay de ellos si la epidemia reinante los derriba! No hay que preguntar cuál

es su infeliz paradero. *In inferno nulla est redemptio.*

Pero esas víctimas de abominación no pueden aplacar, ni poco ni mucho, la justicia divina, por todos más ó menos irritada. Y la tan despiadada epidemia hase llevado ya á toda prisa de doce á catorce mil de nuestros hermanos, entre ellos algunos amigos á quienes contábamos nuestras penas y nuestras alegrías y en quienes depositábamos toda nuestra confianza; algunos parientes en cuyas venas circulaba sangre como la nuestra, que respiraban por la misma boca y que tenían el mismo grado de calor y vida; alguno de nuestros bienhechores que, en casos extremos, y cuando parecía que el cielo se nos iba á juntar con la tierra, nos alargó su mano bondadosa y nos hizo ver como horizontes de felicidad; tal vez nuestro confesor, cuya prudencia, discreción y caridad nos sacó de los muy negros abismos de la culpa y nos trasladó á regiones de bienandanza llenas; alguna Hermana de la Caridad, ángel confirmado en gra-

cia, que en alas de su extraordinaria caridad voló á los focos de mayor infección para recoger lágrimas, suspiros y congojas de muerte, y cuyo heroísmo han cantado los ángeles del cielo entre las muy dulces armonías de sus sistros de oro... pero, ¿seguirá la epidemia llevando por doquier el luto, el espanto, la desolación y la muerte? ¿Continuará el cielo siendo sordo á nuestras súplicas y plegarias? ¿Es que somos los menos los que *al Señor nos convertimos*? ¿Es que hacia el cielo suben en confusión horrible mezcladas las plegarias y las blasfemias, los gemidos y los denuestos, los suspiros y las imprecaciones?... ¡Ah, ah, ah, no sé hablar, Señor! exclamaré estupefacto y casi sin aliento con el profeta de Anathot: ¡Señor, Señor! ¿Es que está ya decretado en absoluto el exterminio de todos esos seres que nos son tan queridos juntamente con el nuestro? ¡Ah! ¡Bien sabemos que la tierra está muy desolada porque son muy pocos los que de todo corazón meditan en las verdades eternas! Oímos, sí, con muy grande

horror y espanto el imponente y terrorífico estridor de los impíos que, reunidos en sus satánicas sinagogas juran estar haciéndote incesantemente á Ti y á tu Cristo una guerra la más feroz y sangrienta ! Sabemos que muchas de nuestras oraciones no llegarán á tu trono de misericordia porque nos cansamos muy pronto de suplicarte ; que nuestras mortificaciones y penitencias son bien pocas, y éstas aun no son hechas con aquel espíritu y compunción que á vuestra divina presencia y acatamiento las hace aceptables ; sabemos... que tu infinita misericordia nos está dando la voz de alerta por medio de los llantos, suspiros y lágrimas que á casi todos nos arranca la tan asolante epidemia con que tan justamente nos estás affligiendo. Danos, danos, Señor la inocencia de Abel, la piedad de Enós, la justicia de Noé, la obediencia y fidelidad de Abraham, la paz de Moisés, el celebrado celo de Elías, la religiosidad de Josué, la santidad de los Profetas, la célebre penitencia de David y la sabiduría de Salomón. Queremos

desagraviarte, oh divino Señor, de tanto y tan horrible pecado como contra Ti se sigue cometiendo entre las tinieblas de la noche y en la plenitud de la luz, no obstante que la muerte, muy obediente á tu poderosa voz, recorre incansable casi por todos los países de la hoy tan infeliz y enlutada España. ¡Aquí nos tienes, Señor! Unimos nuestras plegarias á las de tus vírgenes, que en el claustro se mortifican por Ti todo el día y te se ofrecen como corderillos que al matadero son llevados; á las de tus sacerdotes, que entre el vestíbulo y el altar no cesan de clamar á tu misericordia por el atribulado pueblo que les está á cada uno encomendado; á la de esos seres privilegiados que, consagrados á Ti mismo por solemnes votos, viven en la mayor pobreza mundana y nadan en las riquezas del cielo, entregándose en cuerpo y alma á engrandecer tu reino y á la salvación de las almas... ¡Sí, sí! Queremos todos los buenos cristianos convertirnos á Ti para que tú, amantísimo Padre, te conviertas á nosotros, exten-

diéndonos cariñoso los inmensos brazos de tu misericordia infinita. Y si para alcanzar una gracia tan eximia es tu voluntad santísima que extrememos nuestra penitencia, aquí nos tienes, Señor; dispuestos estamos á imitar á esos héroes, que con sus mortificaciones y penitencias han asombrado y cambiado, como el gloriosísimo Patriarca de Asís, la faz del mudo. ¡Oh amantísimo Jesús, nuestro Padre, nuestro Redentor y Maestro! Lejos, muy lejos de nosotros el gloriarnos más que en vuestra Cruz! Como lo fué del gran Francisco, sea tambien para nosotros esa Cruz nuestra escuela, nuestro espíritu, nuestro carácter y toda nuestra gloria! Reconocemos y confesamos que nacemos con la Cruz, que como cristianos debemos en todo someternos á la Cruz, que si aspiramos á ser justos debemos suspirar por la Cruz... y no dejamos de comprender que en circunstancias extraordinarias como la presente debemos cargar con todo el peso y amargura de la Cruz! La Cruz, la Cruz, siempre, pero ahora más que nunca es el

más seguro escudo del cristiano, y ciertamente que no seríamos dignos de Ti si con todas nuestras fuerzas, con toda nuestra alma y nuestro corazón no tomáramos tu Cruz y te siguiéramos paso á paso hasta la empinada cumbre del Calvario, imitando al gran Patriarca de los Menores, á aquel hombre más misterioso que el mismo Melquisedec, á aquel hombre más penitente que la Magdalena, que David, que Pedro, Pablo y Agustino; á aquel hombre, prodigio de seráfico amor, en cuyas carnes fueron impresas las llagas del Redentor. Damos, oh divino Señor, las abundantísimas y muy eficaces gracias que nos son absolutamente necesarias para imitar en la penitencia á ese hombre extraordinario, asombro de su siglo y santo hoy el más conocido de toda la cristiandad, y al que el gran Pontífice León XIII ha propuesto á todos los cristianos como jefe y guía en el camino de la santidad; como el mejor modelo para oponer al lujo del siglo XIX la pobreza del más pobre de los hombres; á la sensualidad

de nuestra época, la penitencia y mortificación del serafín de Asís, y al egoísmo contemporáneo, la abnegación del humilde Francisco ¹.

Bien sabemos, ¡oh Señor nuestro! que la epidemia que tanto nos contrista y ahoga, desaparecería bien pronto si á Ti nos convirtiéramos animados del espíritu de penitencia de San Francisco. Concédenos como á él la tan apreciable gracia de que todo nuestro corazón le pongamos en las cosas celestiales, no en las terrenas, y que si no nos anima aquél su espíritu de desasimiento voluntario hacia las riquezas, en virtud del cual renunció á todo su patrimonio, incluso sus vestiduras, delante del Obispo de Asís, al menos que tengamos valor bastante para socorrer con nuestros bienes, cada uno según podamos, á las viudas, huérfanos y desvalidos, víctimas del asolante có-

1 Circular de 17 de Septiembre de 1883 del señor Comisario general apostólico de los capuchinos de España.

lera... y si ni aun eso podemos hacer, todos, todos podemos mortificarnos; todos ayunar algún día, ó por lo menos abstenernos por algún tiempo de los manjares que más nos agradan; todos podemos santificarnos con el auxilio de tus gracias, que nunca nos faltan; todos podemos ejercitarnos en la muy santa virtud de la humildad; todos, aunque con algún trabajo, y muy especialmente las mujeres, podemos abstenernos de hablar de todo aquello que no sea necesario; todos podemos despreciarnos á nosotros mismos, y todos, en fin, amar los trabajos y los dolores, y ejercitarnos en todas las virtudes cristianas y en los sacrificios más difíciles y costosos. ¡Con cuánto heroísmo practicó todas esas virtudes el serafín de Asís!

La penitencia, la verdadera penitencia, lector benévolo, es el único medio, y el más poderoso y eficaz, para contener esos extraordinarios castigos que del cielo nos vienen. Los que nos sintamos con fuerzas bastantes (que todos nos sentiremos con los auxilios

divinos), muramos al mundo y á nosotros mismos, crucificando nuestra carne con una penitencia extremada á imitación del humildísimo Francisco; y entregados á la oración, sean nuestros ojos como los suyos, dos raudales de lágrimas parecidas á las de Jesucristo sobre las hijas de Jerusalén; como las del profeta Ezequías, por los muy grandes castigos á que por sus culpas se hacían los hombres acreedores; como las de San Pedro, por sus negaciones; como las de Jeremías por la ingratitude máxima del pueblo cristiano: como las del Real profeta David por la tan suspirada posesión de los bienes eternos; sean nuestras lágrimas de dolor como las de Micheas, y de muy impaciente pena como las de San Pablo. Solamente obrando así es como podemos contener el brazo omnipotente de la justicia de Dios, al que tan ofendido tenemos los católicos con la tibieza é indiferencia, y los incrédulos con sus impiedades, y solamente siguiendo los pasos del misterioso penitente San Francisco de Asís, profesando también

como él una devoción la más pura y la más tierna á la Inmaculada María, es como conseguiremos del cielo cese la tan ejecutiva y misteriosa epidemia del cólera morbo asiático que quiere convertir á España en un inmenso sepulcro.

UN RUEGO.

Si nosotros hubiéramos de rogar alguna cosa en las tan afflictivas circunstancias por que atraviesa España á las supremas Autoridades eclesiásticas y civiles, sería el que en toda esta nación eminentemente católica se dispusiera, del modo y forma que se creyera más conveniente, celebrar siquiera un Triduo de rogaciones públicas en los días 13, 14 y 15 del corriente mes de Agosto, haciéndose en el último comuniones generales por todas las Congregaciones y Asociaciones religiosas, y sacando por la tarde en procesión de penitencia la imagen de María Santísima, todo para alcanzar de

su divino Hijo, por la poderosa intercesión de tan bondadosa Madre, la cesación de la tan desolante epidemia.

Y si alguna persona nos pidiera parecer sobre qué clase de obras supererogatorias le convendría practicar en esos tres días, no dudaríamos en aconsejarla, entre otras cosas, que ayunara los tres días, si su salud y circunstancias se lo permitían, ó al menos el día 15, sábado, durante el cual, también le aconsejaríamos se fervorizara todo lo posible, y que, con toda su alma y su corazón, pidiese una y mil veces á la Santísima Virgen la ya indicada gracia, confiando en su protección y en su misericordia sin límites, siquiera porque en los sábados concede gracias muy distinguidas.

Si ese fiel cristiano era padre de familia y tenía criados, aconsejaríamosle además que dispusiera los asuntos de su casa de modo que toda la familia y criados, si no se le seguía perjuicio grave, tomasen toda la parte posible en los actos religiosos y en las obras de supererogación indicadas.

Y finalmente, si pudiéramos influir en el ánimo de todos los españoles que son *sui juris* los inclinariamos cuanto pudiéramos á que esos tres días los consideraran como festivos de primera clase y que los celebraran con espíritu verdaderamente católico, tomando la parte posible en precitados actos religiosos.

¡Oh! ¡Cuánto puede y alcanza la oración perseverante del justo! ¡Cómo es posible que la simultánea oración de casi todos los españoles no llegara al trono de Dios! ¡Ah! Todo un pueblo unido en la guerra para arrojar de su territorio á otro invasor, consigue su objeto llevando á cabo mil y mil prodigios! Pues ese nuestro común enemigo, la epidemia reinante, sería vencido indudablemente, esto es, cesaría por completo, si el pueblo español diera á Dios la satisfacción debida por tanto ultraje como se le viene infiriendo. *Convertimini ad me et ego convertar ad vos.*

IMPORTANTE.

Siempre debe cumplirse la palabra que damos al hombre. ¡Con cuánta más razón debe ser cumplida la que damos á Dios! Seria, pues, muy insigne locura no cumplir, pudiendo, las promesas deliberadas ó votos que á Dios hubiéremos hecho! ¡Oh! ¡Qué facilidad en prometer, y cuántas dificultades para cumplir...!

IMPORTANTÍSIMO.

Una de las cosas en que más se ingenia el demonio es en persuadir á los cristianos de que los testamentos son pasaportes para la otra vida. Y ¡cuántos, cuántos por desgracia caen en tan funesto lazo! ¡Cuántos perjuicios se siguen de aquí para las familias! ¡Cuántos enredos! ¡Cuántos y cuán costosos pleitos...! Tan interesante acto, en el que nunca han de ser oídas las pasiones, y para

el que se necesitan la mayor prudencia y cordura, es convenientísimo, y muchas veces hasta de justicia, hacerle en plena salud. La muerte viene siempre en la hora en que menos se piensa... Benditos, benditos y mil veces benditos, todos los que en las tan pavorosas circunstancias por que venimos atravesando han hecho sus testamentos, como de muchos sabemos, cumpliendo en plena salud ese tan importante acto de caridad y justicia! ¡Muy dignos son de ser imitados por todos aquellos que, pudiendo testar, aun no han realizado un acto tan trascendental é interesante!

El Excmo. y Rmo. Sr. Nuncio de Su Santidad en estos reinos, ha concedido cien días de indulgencia por cada vez que se lea cualquier artículo de este opúsculo, toda vez que se haga con propósito de la enmienda.

Una de las devociones más generalizadas entre las personas piadosas en tiempos de epidemia es la titulada *saludable remedio contra la peste*, compuesta por San Zacarías, Obispo de Jerusalén, y por lo que la ponemos á continuación, advirtiendo que dicho Emmo. y Rmo. Sr. Nuncio ha concedido también cien días de indulgencia por cada vez que devotamente se haga y con verdadero dolor de los pecados.

SALUDABLE REMEDIO CONTRA LA PESTE

FORMA DE CRUZ



Santo Dios,
Santo fuerte,
Santo inmortal,
Libradnos, Señor,
De la peste
Y de todo mal.

*Cuando dé el reloj se dirá
la siguiente jaculatoria:*

Por vuestras Llagas,
Por vuestra Cruz,
Libradnos de la peste,
Divino Jesús.

Los Padres del Santo Concilio de Trento, que se cree trajeron consigo esta Cruz, compuesta, según algunos afirman, por San Zacarías Obispo, y encontrada en un convento de Religiosos en España, no fueron acometidos de la peste que en Trento hubo en el año 1546. Lo mismo ha sucedido últimamente en Portugal. En muchos pueblos y ciudades de España, varias personas que ó han traído consigo esta Cruz, ó la han puesto en las puertas de sus casas, se han visto libres del contagio. Por cuyo motivo, sin duda, algunos Reverendísimos Prelados, no sólo mandaron imprimirla y extenderla en sus respectivas diócesis, sino que concedieron varios días de indulgencias á los que rezasen las preces ó jaculatorias á que se refieren los signos y letras iniciales de la Cruz y la *Letania de Nuestra Señora*, con un *Padre Nuestro*, *Ave María* y *Gloria Patri* á los Santos abogados contra la peste.

Para hacernos dignos de conseguir la gracia de que Dios nuestro Señor nos libre de la peste y de cualquiera otra enfermedad por la virtud de su Santa Cruz, es preciso antes de todo purificar nuestras almas con las aguas saludables de la penitencia, y robustecerlas con el manjar divino que se nos da en la Sagrada Comunión. La Santa Cruz que principia y termina estos y los demás Sacramentos, como todos los actos del culto católico, será entonces el mejor escudo para nuestra defensa y el broquel inexpugnable para resistir el ataque de todos nuestros enemigos; y si tenemos la inefable dicha de morir abrazados á ella, la Santa Cruz nos abrirá las puertas de las mansiones celestiales, donde cantaremos sus triunfos por toda la eternidad. Así sea.

VIVA JESÚS

EXPLICACIÓN DE LOS SIGNOS DE LA CRUZ

- + Cruz de Cristo, sálvame.
- Z.** El celo de vuestra casa me libre.
- + La Cruz vence, la Cruz reina, la Cruz impera: por la señal de la Cruz libradme, Señor, de la peste.
- D.** Dios, Dios mío, apartad de mí y de este lugar la peste, y libradme.
- I.** En vuestras manos, Señor, encomiendo mi espíritu, mi corazón y mi cuerpo.
- A.** Antes de existir el cielo y la tierra existía Dios, y Dios es poderoso para libramme de esta peste.
- + La Cruz de Cristo es poderosa para expeler la peste de este lugar y de mi cuerpo.
- B.** Bueno es esperar el socorro de Dios en silencio para que aparte de mí la peste.
- I.** Inclinaré mi corazón á guardar vuestros mandamientos y no seré confundido, porque os invoqué.
- Z.** Me armé de celo contra los pecadores viendo su paz, y esperé en Vos.
- + La Cruz de Cristo ahuyenta los demonios, el aire corruptible y la peste.
- S.** Yo soy tu salud, dice el Señor; clama á mí, y te oiré y libraré de esta peste.
- A.** Un abismo llama á otro abismo, y tu voz expelió los demonios; librame de esta peste.
- B.** Bienaventurado el que espera en el Señor, y no oye las doctrinas vanas y falsas.
- + La Cruz de Cristo, que antes era señal de oprobio y contumelia, y ahora lo es de nobleza y gloria, me sea de salvación y aparte de este lugar al demonio, al aire corrupto y á la peste de mi cuerpo.
- Z.** El celo de la honra de Dios me convierta antes que muera.

† ; Oh señal de la Cruz! Libra de peste al pueblo de Dios y á aquellos que confían en Él.

H. ¿Es esto lo que das al Señor, pueblo loco? Dale tus votos; ofrécele un sacrificio de alabanza; confía en Él, que es poderoso para librar á este lugar y á mí de esta peste, porque los que confían en Él no serán confundidos.

G. Péguese mi lengua á la garganta y á mis fauces si no os bendijese; librad á los que esperan en Vos; en Vos confío; libradme, oh Dios, de esta peste, á mí y á este lugar, en el cual se invoca vuestro santo Nombre.

F. Cubrióse la tierra de tinieblas en vuestra muerte; Señor, Dios mío, acabe y quede confundido el poder del demonio, porque Vos, oh Hijo de Dios vivo, vinisteis á destruir las obras del demonio; apartad con vuestro poder de este lugar y de mí, vuestro siervo, esta peste; descienda la corrupción á las tinieblas exteriores.

† Cruz de Cristo, defiéndenos, y aparta de este lugar la peste. Señor, librad á vuestro siervo de esta peste, porque sois benigno y misericordioso, de mucha misericordia y verdadero.

B. Bienaventurado aquel que no da su atención á las doctrinas vanas y falsas; el Señor le librá del día malo. En Vos esperé: libradme de esta peste.

F. Dios se ha hecho mi refugio, porque he esperado en Vos; libradme de esta peste.

R. Mirad por mí, Señor, Adonai (1), desde el trono de vuestra santa Majestad compadeceos de mí, y por vuestra misericordia libradme de esta peste.

S. Vos sois mi salvación: sanadme, y seré sano; salvadme, y seré salvo.

Concluidas estas jaculatorias se úrd la Letanía de Nuestra Señora, y un Padre Nuestro, Ave María y Gloria Patri á los Santos Abogados contra la peste, para que sean nuestros intercesores con el Señor.

ÍNDICE

	PÁGS.
Dedicatoria.....	6
Introducción.....	7
Objeto del opúsculo.....	18
La soberbia.....	25
La desobediencia.....	27
La impureza.....	37
La blasfemia.....	45
La profanación de las fiestas.....	52
El juego.....	58
Recomendaciones.....	62
Esperanza, en verso.....	70
El alma en pecado, en ídem.....	73
Justicia de Dios, en ídem.....	76
El cólera, en ídem.....	77
La penitencia, en ídem.....	80
Circular del Excmo. y Rmo. Sr. Cardenal González, Arzobispo de Toledo.....	85
Horribles blasfemias.....	88
Impenitencia de los modernos Faraones...	99
Penitencia de los verdaderos creyentes....	104
Un ruego y unos consejos.....	115
Importante.....	118
Importantísimo.....	118
Indulgencias.....	119
Devoción á la Santa Cruz por San Zacarías, Obispo de Jerusalén.....	120



DIPUTACIÓN PROVINCIAL

BIBLIOTECA REGIONAL

LEON

Se vende á 75 céntimos de peseta en la librería de San José, calle del Arenal, frente á San Ginés; de Aguado, calle de Pontejos, núm. 8; Administración de *La Revista Religiosa*, plaza de Herradores, 10, 2.º; de *La Unión*, Greda, 8, principal; de *La Semana Católica*, barrio de Salamanca, Villanueva, 6, bajo; en casa del autor, Santa Clara, 8, 3.º derecha.

En Huéscar, comercio de D. Felipe M. Uclés.

En Barcelona, Redacción de *El Criterio Católico*, calle del Notariado, núm. 9.

En Lillo, casa del autor.

Remisión gratuita á provincias; pero no se servirá ningún pedido si no acompaña su importe en letras de fácil cobro ó en sellos, certificada la carta.

Por cada docena de ejemplares se mandarán dos gratis.



THE HISTORY OF THE UNITED STATES OF AMERICA